

POPULISMO

Recientemente hemos podido atestiguar el surgimiento de movimientos populistas en varias partes del mundo. Ante esta situación podríamos preguntarnos: ¿por qué hablar de populismo en un libro sobre la democracia? Porque, paradójicamente, es a través de los mecanismos democráticos como los movimientos populistas acceden al poder; el peligro radica en que, en ocasiones, estos movimientos pueden, desde el poder, convertirse en un riesgo para la propia democracia. John Judis afirma: “No hay un conjunto de características que defina exclusivamente a los movimientos, partidos y pueblos que son llamados populistas” (Judis, 2016: 13). De acuerdo con este autor, en Estados Unidos surgieron sobre todo en el siglo XIX, con el Partido del Pueblo, pero también en el XX, y ahora es posible observarlos actuar con furor en el XXI.

Ernesto Laclau, al referirse al populismo, sostiene: “A la mitad del camino entre lo descriptivo y lo normativo, el concepto de populismo intenta comprender algo crucialmente significativo sobre las realidades políticas e ideológicas a las cuales se refiere” (Laclau, 2006: 15). Explica que más que una definición concreta, los autores apuntan la vaguedad del concepto y algunos aportan una serie de rasgos que encuentran en el populismo. Entre ellos, que se lanza una convocatoria al pueblo, el cual es definido ambiguamente y se lo considera excepcionalmente virtuoso; también es visible un amplio grado de antielitismo, y a veces aparecen líderes que invocan el apocalipsis y se remiten a un pasado místico para elaborar el presente. Curiosamente, Laclau (2006: 22) opina que los diversos populismos tienen muy poco en común, con lo cual diferimos casi totalmente, en tanto que consideramos que con mucha frecuencia observamos la repetición de estos rasgos populistas en la mayoría de los casos. Aunque sí pueden diferir al considerar diferentes valores, por ejemplo, la etnia, la cultura o la religión, también es cierto que son similares en, por ejemplo, la exaltación de un valor principal.

Expresa que es importante entender la retórica o la ideología de estos movimientos en tanto que pueden representar la demanda de un cambio de la estructura hegemónica de la vida política, por ello prefiere no referirse a ellos en forma peyorativa.

Un movimiento populista se dirige al cambio por medio de la acción y de las ideas, por lo tanto, este autor solicita evitar cualquier tipo de condena ética de este fenómeno político, ya que éstas se producen cuando se define al populismo como algo vago y sólo por sus rasgos. En su opinión, esta postura muestra “la denigración de las masas” (Laclau, 2006: 87). Sostenemos que este menosprecio a la acción de estos ciudadanos se debe a que nosotros mismos hemos experimentado que cuando actuamos dentro de un movimiento de masas realizamos poca reflexión y deliberación. Argumenta que el populismo es una lógica política relacionada con la institucionalización de lo social, en donde el sujeto, que es el pueblo, incluye una serie de demandas sociales por el cambio (Laclau, 2006: 150), lo cual implica la identificación de un “otro” institucionalizado. Expresa que “por democrático no entiende nada relacionado con el régimen democrático” (Laclau, 2006: 158). Explica que lo que él mantiene es: 1) que las demandas son formuladas al sistema por alguien que ha sido excluido; y 2) que su propia emergencia presupone cierto tipo de exclusión (Laclau, 2006: 158). Expone que se trata de demandas diferentes, en tanto que no se busca la instauración de una democracia liberal, pues ésta es más bien la agenda de la clase burguesa. Así como pretende demostrar que este tipo de democracias excluye a las masas, así también se puede afirmar que los populismos son igualmente excluyentes en tanto que marginan a las elites, la cuales, quíerose o no, son un sector muy productivo de la sociedad. Es aquí donde se las categoriza en forma peyorativa: tan negativo es que se excluya a las masas como que se margine a las elites.

Para Laclau, que el liberalismo y la democracia estén ligados es algo totalmente contingente; se preocupa, más bien, de las democracias populares. Desafortunadamente, las lecciones de la historia nos han demostrado que cuando no se contempla al individuo como el centro de la defensa de los derechos, se corre el riesgo de caer en el autoritarismo o en el totalitarismo. Este científico social comparte una de las premisas fundamentales del populismo: el pueblo es bueno por definición. Tristemente, en infinitas ocasiones hemos podido constatar que la visión de Hobbes, de *homo homini lupus est* (el hombre es el lobo del hombre), se acerca más a la realidad. Además, aunque

las masas o el pueblo sean buenos, como lo asume Laclau, nada nos asegura que sus líderes también lo sean.

Según el autor que analizamos, es el capitalismo globalizado, que conlleva una heterogeneidad de demandas, el que conduce a unificarlas en la categoría social de “pueblo”, en una identidad popular. “Las dislocaciones inherentes a las relaciones sociales en el mundo en que vivimos son más profundas que en el pasado, por lo que las categorías que antes sintetizaban la experiencia social se están volviendo obsoletas” (Laclau, 2006: 310). No todos los movimientos populistas son benéficos por definición, como asume Laclau, pero tampoco puede asumirse que su destino sea limitar las democracias. No todos necesariamente se convierten en autoritarismos, pero tampoco es realista asumir como infalible la inquebrantable bondad del líder populista y de las masas que lo sustentan.

Héctor Aguilar Camín, por su parte, explica que el populismo puede ser de izquierda o de derecha, racista o no, surgir en países pobres o ricos, y no se da en un momento histórico en particular (Aguilar Camín, 2018). Argumenta que el populismo en México rechaza la legitimidad de las instituciones, a las elites, y a la llamada sociedad civil, declarándolas corruptas y antipopulares. De alguna forma se desprecia al pluralismo en tanto que sólo es válida la posición populista y, por lo tanto, se minimiza a la oposición. El federalismo no se respeta y se opta por establecer instancias paralelas ligadas al líder. Asimismo, impulsa la creación de un Estado rector basado en un clientelismo que organiza y decide la ayuda económica, que concede directamente el líder a grupos sociales seleccionados, aunque esta posibilidad ha sido superada en muchos países mediante el fortalecimiento de las instituciones.

El reconocido sociólogo Roger Bartra explica que “no podremos alcanzar una definición de populismo capaz de dar cuenta de un abanico tan amplio y variado de situaciones políticas” (Bartra, 2018: 30). Más que como una ideología, lo define como una cultura política. En los populismos de América Latina encuentra rasgos que la mayoría comparten: hábitos autoritarios, clientelismos, valores anticapitalistas, nacionalismos, líderes carismáticos, instituciones estatistas, exaltación del pueblo y rechazo a la modernización acelerada. Argumenta que desafortunadamente estos populismos latinoamericanos, en lugar de aspirar a ser como los modelos socialdemócratas, han recibido la influencia del “dictatorial y petrificado socialismo cubano”. En este sentido, Aguilar Camín expresa que “el mayor riesgo de López Obrador para la democracia mexicana es [...] que vive la política, fundamentalmente,

como confrontación. No hay un momento de su historia pública que no esté marcada por el conflicto, la protesta, el desacuerdo, la movilización, el amago, la dureza verbal, el ‘tú o yo’, ‘ellos o nosotros’” (Aguilar Camín, 2018: 238). Ian Bremmer subraya que lograr apoyos a través de enfrentar a un grupo en contra de otro es una táctica política muy antigua (Bremmer, 2018a: 118). Es marcar una infranqueable raya ente “ellos” y “nosotros”, cuyas consecuencias no deseadas no pueden traer nada bueno para los países.

Se puede hablar de movimientos populistas de izquierda, como el liderado por el aspirante a candidato demócrata Bernie Sanders en la elección del 2016, o como en el caso del actual presidente de Estados Unidos, de un populismo de derecha. Al analizar la consolidación o no de las democracias en la época actual y el surgimiento del populismo, Pippa Norris considera que son tres las características por considerar:

1. *Cultural*: sobre todo en los países occidentales avanzados de la región del norte de Europa, la gente está fundamentalmente satisfecha con la democracia.
2. *Constitucional*: no se observa tampoco un gran deterioro de las instituciones democráticas.
3. *Comportamiento*: en su opinión, la mayor amenaza ocurre en este ámbito, y proviene del terrorismo y de las fuerzas populistas autoritarias (Norris, 2017).

El populismo no tiene una ideología determinada, como sí cuentan con ella, por ejemplo, el marxismo o el liberalismo, que disponen de un ideario y diseñan estrategias de acción claras, sino que simplemente tiene una lógica. Se refiere a la legitimidad de la autoridad política con base en la soberanía del pueblo. Mientras que a este último se lo considera noble, bueno, a la élite se la visualiza egoísta y básicamente mala, por ello se instiga a un enfrentamiento entre los dos grupos: “Asume un antagonismo básico entre el pueblo y la élite en el corazón de su política” (Norris, 2017: 15). El populismo surge casi siempre en una sociedad polarizada, aunque son precisamente los discursos populistas los que en muchas ocasiones coadyuvan a intensificar la mencionada polarización; justo éste es el gran riesgo que significa.

Enrique Krauze lo define así: “Es el uso demagógico que un líder carismático hace de la legitimidad democrática para promover el retorno de un

orden tradicional o el acceso a una utopía posible, y [quien una vez] logrado el triunfo consolida un poder personal, al margen de las leyes, las instituciones y las libertades” (Krauze, 2018).

Goldberg considera que en el movimiento populista se tiene que definir quiénes son el pueblo y quiénes constituyen la elite. Toca al líder realizar esta definición, así como señalar, de ser posible, un enemigo único al cual combatir, con lo que se logrará que la población cierre filas detrás del líder. También se establece quiénes son los buenos y quiénes los malos. Eleva al pueblo, pero en realidad sólo se expresa en el nombre de una parte del mismo. Se trata de un movimiento que santifica a un segmento poblacional que considera como la víctima y criminaliza al resto (Goldberg, 2018: 293).

Estamos frente a un movimiento por el cambio, muchas veces radical, y en contra del *establishment*, debido a la creciente desconfianza en este último. El populismo es, en última instancia, una política de la identidad, que impulsa los nacionalismos. Luce argumenta que, en el fondo, el populismo está en contra del pluralismo, que es un ingrediente fundamental de la democracia, y de la objetividad de los datos, que o bien están del lado del líder populista o se declaran como falsos (Luce, 2017: 139, 179). Por su parte, la democracia liberal impone límites y requiere compromisos, y justo esto es lo que la hace más aceptable (Frum, 2018: 232).

John Judis nos alerta acerca de que estos movimientos populistas “muchas veces funcionan como un signo de precaución sobre una crisis política” (Judis, 2016: 16). Ocurren cuando la gente siente las normas políticas muy alejadas de sus preocupaciones, de sus miedos y esperanzas. Así pues, la llegada de los líderes populistas y la polarización social no son las causas sino que, por el contrario, es justo debido a que la sociedad ya se encuentra dividida que estos carismáticos políticos encuentran eco a sus promesas de campaña. En otras palabras, los líderes no generan los movimientos populistas, sino que éstos emergen como consecuencia de una sociedad dividida, de una fábrica social en menor o mayor medida desgarrada. Surgen cuando las mayorías se sienten olvidadas, al experimentar cambios sociales de modernización acelerados. Desafortunadamente, la medicina es peor que la enfermedad en la mayoría de los casos (Luce, 2017: 184). Se produce entonces un desencanto de las instituciones que se manifiesta mucho más en la gente de mayor edad, por lo que el líder ataca a las cortes y a la prensa y encuentra su apoyo. Se impugnan los valores fundamentales de la democracia, como el pluralismo,

la tolerancia social, la aplicación de la ley, los derechos humanos y las libertades (Norris, 2017: 14). El líder representa al “pueblo”, habla por el pueblo, y solo él sabe lo que es bueno para el pueblo. Timothy Snyder, al explicar los autoritarismos de derecha y de izquierda en Europa en los años veinte y treinta, argumenta que fueron reacciones a la globalización y a las desigualdades, reales o imaginarias, que la democracia no pudo solventar: Sostiene: “Un líder o un partido afirmaban representar directamente la voluntad del pueblo” (Snyder, 2017: 13). Al mismo tiempo, nos previene para que aprendamos de la historia.

También en esta dirección, Ronald Inglehart explica que la gran concentración de la riqueza ha tenido como consecuencia que muchas personas se sientan inseguras. Reflexiona: “Cuando la sobrevivencia es incierta, la gente tiende a cerrar filas en torno a un líder fuerte, a formar un sólido frente común en contra de los de afuera”. Esto es lo que este autor define como el “reflejo autoritario” (Inglehart, 2018: 1). Cuando sí existe una atmósfera de seguridad en la sociedad, los valores que destacan son el individualismo, la autonomía y la autoexpresión. La modernización trae consigo el desarrollo económico, la democratización y la tolerancia, lo que conduce a más libertad y mayor felicidad. Este autor nos advierte que si el gobierno deja actuar al mercado sin ponerle límites, se produce una enorme concentración de la riqueza, que termina por afectar a la economía, al sistema democrático y a la apertura cultural internacional.

Recientemente no se han producido guerras nocivas y destructivas entre las naciones poderosas, nos hace notar Inglehart. Se ha logrado un gran desarrollo económico y ha surgido el Estado benefactor, el cual brindó mucha seguridad a los jóvenes, que, al sentirse protegidos, adoptaron valores posmaterialistas, tomando la sobrevivencia como algo dado; no obstante, la desmesurada concentración de la riqueza ha cambiado este panorama: “El salario real de los trabajadores ha declinado desde 1970, y los ingresos reales de quienes tienen educación universitaria y posgrados también se han reducido desde 1991” (Inglehart, 2018: 5). El autor que analizamos observa que si bien los jóvenes promovieron los ideales posmodernistas no fue porque transcurriera el tiempo suficiente para que se diera un cambio generacional y las nuevas generaciones promovieran esos valores más incluyentes. Más bien lo que ocurrió fue una reacción de las generaciones precedentes en contra de lo que ellos veían como el desmoronamiento de sus paradigmas.

Los actuales populismos han adquirido gran fuerza en poco tiempo al montarse en la ola de la revolución tecnológica. El líder logra un contacto directo e inmediato con las masas, con una intensidad y unos alcances nunca antes registrados, y por tanto las puede movilizar con mucha mayor velocidad. Puede obtener respuestas y votaciones rápidas que justifiquen sus políticas, pero son reacciones automáticas que están muy lejos de ser el producto de la deliberación conjunta de la sociedad. Así pues, las masas pueden manipularse con facilidad para obtener una supuesta legitimidad para decisiones en realidad unipersonales (Márquez-Padilla, 2018a: 39). Ian Bremmer nos previene de los demagogos que toman ventajas de las sociedades divididas: muchas veces al seguirlos sólo lograremos ampliar la división entre los ricos y los pobres (Bremmer, 2018a: 165).

Al estudiar a los distintos autores en relación con el populismo nos damos cuenta de que, fundamentalmente, existen dos posiciones, como ya lo mencionamos: una que lo explica en términos positivos y otra que lo hace con intenciones peyorativas. Las dos posturas son extremas. Para comenzar este análisis debemos reiterar que, sin duda, los populismos tienen muchos rasgos que se repiten en todos los países y el enfoque positivo en relación con este fenómeno pretende ignorar este hecho contundente. Por otro lado, la aproximación negativa al populismo sólo aborda sus características más cuestionables, sin reconocer que en ocasiones logra cambios muy productivos para la sociedad, como, por ejemplo, cuando incluye en sus políticas públicas a los grupos más vulnerables y marginados.

Sin duda, el diagnóstico de las razones por las que surgen los populismos es normalmente ignorado por los críticos y actores políticos que lo menosprecian con mayor ímpetu; no obstante, si bien el diagnóstico es algo sin duda fundamental, resulta importante recalcar que las soluciones a los problemas en ocasiones pueden empeorar con creces la situación. Esto puede suceder si el dirigente populista utiliza su poder para restarle influencia a los pesos y contrapesos del sistema político que defienden la democracia, porque no es con la visión monopolista y autoritaria de un líder como se pueden alcanzar logros en los terrenos económico y político, sino que únicamente es posible hacerlo como fruto de la deliberación, dentro de un contexto de empatía; sólo así se pueden encontrar las mejores soluciones para los grandes problemas nacionales.

Una posición similar a la que nosotros proponemos, en la cual se consideren por igual beneficios y peligros del populismo, es la que defiende Raghuram

Rajan, quien apunta a las nuevas tecnologías como un factor decisivo en el incremento de la desigualdad económica actual (Rajan, 2019: 188). Se requiere de una educación y una capacitación laboral de alto nivel, cuya carencia ha ocasionado, por lo tanto, que los trabajadores no logren incorporarse al uso de estas nuevas tecnologías. Explica este autor que con la globalización se han creado cadenas de producción en diferentes regiones del mundo: “Cuando el proceso de producción se fragmentó, [los trabajadores] fueron expuestos a toda la fuerza de la competencia de mano de obra más barata y más flexible, igual de competente que en otros lados” (Rajan, 2019: 184). Es una realidad insoslayable que hoy en día la fuerza laboral de los países desarrollados se ve orillada a competir con una mano de obra cuyo salario promedio es bastante más bajo, por lo que resulta mucho más rentable. Por otra parte, apunta Rajan, si bien en 1944 la manufactura representaba el 39 por ciento de la fuerza de trabajo, para 2017 esta proporción disminuyó a sólo el 8.5 por ciento; sin embargo, la productividad del sector no se redujo (2019: 184). La globalización apostó por un mercado sin límites ni regulaciones, con Estados-nación limitados tanto en sus funciones como ideológicamente, y con una comunidad débil. Todo ello ocasionó que una gran cantidad de trabajadores quedara excluida de los beneficios del desarrollo, lo que a su vez provocó una reacción populista en la política (Rajan: 2019. 211).

La crisis financiera global de 2008 creó una masa de inconformes y de sujetos enojados con una elite económica y política que sólo se preocupaba por sus intereses y abandonó de alguna manera a las clases asalariadas. Los políticos populistas sólo necesitaban una causa para liderar sus movimientos. En Estados Unidos, la *Affordable Care Act* (ACA); en Europa, la migración (Rajan: 2019: 213). Un movimiento populista, “[...] está casi siempre convencido de que las elites gobernantes son corruptas y antidemocráticas; de que las masas han sido tratadas injustamente, y de que el sistema debe cambiar porque la voluntad general del pueblo así lo demanda”; no obstante, aunque estos movimientos en ocasiones sean nativistas o racistas, incluso así pueden jugar un papel fundamental (Rajan, 2019: 214). No les importan las elites, por lo que están dispuestos a cuestionar sus ideas y tradiciones. Es preciso reconocer que también algunas veces su discurso llega a ser constructivo y que sus acciones traen consigo mejores niveles de transparencia y democracia.

En este mismo sentido, Rajan también argumenta lo siguiente: “Los movimientos populistas, cuando están bien enfocados y son temporales, llegan a

ser muy saludables. Por otro lado, también pueden convertirse en sectarios, disfuncionales y peligrosos cuando apuntan en todas las direcciones para buscar las causas de las dificultades, excepto hacia ellos mismos” (Rajan, 2019: 214). Los populismos de izquierda se preocupan mucho más por los oprimidos y descuidan a las elites. En su afán de ensalzar y redimir al pueblo se olvidan del papel prioritario que las elites desempeñan, sobre todo en el ámbito económico y, en consecuencia, las excluyen. Los populismos de derecha, por su parte, dirigen sus acciones y sus fuerzas a combatir al objeto de su ira, a un “enemigo”, real o imaginario, que construyen y ubican como la razón de todos los males sociales.

Según este analista, en el caso de Estados Unidos los políticos populistas y sus seguidores orientan su enojo contra los funcionarios públicos de la administración federal, los profesionales y la elite intelectual de la clase media alta quienes, de acuerdo con ellos, han diseñado corporativamente las políticas públicas para favorecerse a sí mismos y a sus grupos sociales consentidos: las mujeres, las minorías y los migrantes, dándoles prioridad respecto de la población blanca nativa; una parte de estos movimientos son nacionalistas, y otro segmento postula la superioridad étnica. Al igual que los de izquierda, estos grupos populistas conservadores también se enfrentan a las elites, a las cuales acusan de haberse beneficiado arbitrariamente con la globalización.

Transición del populismo al autoritarismo

Los científicos sociales Levitsky y Ziblatt advierten que las democracias son siempre frágiles y que incluso pueden llegar a desaparecer debido a la acción de presidentes o primeros ministros que transforman en su beneficio los procesos democráticos del sistema político que los condujo al poder. Estos autores están preocupados porque los miembros de la clase política se tratan cada vez más como enemigos, no como adversarios; se intimida con mayor fuerza a la prensa libre; se pretende debilitar los pesos y contrapesos al gobierno, como las cortes o los servicios de inteligencia, e incluso se utiliza a los estados subnacionales, que tradicionalmente han fungido como laboratorios de democracia, ahora como espacios para probar el autoritarismo, como lo demuestran algunos episodios de autoridades locales que decidieron reescribir las leyes electorales y limitar el derecho de voto para sus propios

finés (Levitsky y Ziblatt, 2018: 2-3). Asimismo, profundizan en que no es necesario que ocurra un golpe de Estado, o algún otro acontecimiento similar al margen del derecho, para derrocar a los regímenes democráticos: “Muchos de los esfuerzos para subvertir a las democracias son ‘legales’, en el sentido de que fueron aprobados por las legislaturas o aceptados por los tribunales. Pueden hasta ser publicitados como acciones para mejorar el sistema democrático: hacer reformas para que sea más eficiente el Poder Judicial, combatir la corrupción o limpiar el proceso electoral” (Levitsky y Ziblatt, 2018: 7). Las instituciones no son suficientes para detener a los autócratas. Es necesario contar con un conjunto de normas robusto para que los pesos y contrapesos sirvan realmente como barreras defensoras de la democracia. Según esta postura, la paradoja de la ruta electoral al autoritarismo es que los líderes políticos utilizan las instituciones y las reglas democráticas para debilitar al sistema y eventualmente destruirlo (2018: 97-100). De acuerdo con estos autores el régimen de división de poderes, con sus controles, pesos y contrapesos, ha funcionado en Estados Unidos no solamente porque está en la Constitución, sino por las normas democráticas no escritas y por los códigos de comportamiento político compartidos. Entre ellos:

1. La tolerancia mutua entre los legítimos rivales.
2. La aceptación de que se debe supervisar y controlar a los políticos para que no abusen de sus prerrogativas institucionales (Levitsky y Ziblatt, 2018: 103-108).

Ubican a la razón que ha provocado desde 1960 la erosión creciente de la normatividad de la democracia en la polarización política, la cual puede llegar incluso a cancelar la viabilidad del sistema político democrático: “Cuando las diferencias socioeconómicas, raciales o religiosas provocan partidismos extremos, en los cuales las sociedades se sitúan en campos políticos cuyas visiones del mundo no sólo son diferentes sino mutuamente excluyentes, es muy difícil sostener la tolerancia. Cierta polarización es saludable, aun necesaria, para la democracia” (Levitsky y Ziblatt, 2018: 115). Se vuelve peligrosa cuando las dos partes la ven como amenaza.

El sistema de pesos y contrapesos requiere que los funcionarios públicos utilicen sus facultades siempre en forma limitada, prudente. Todas las ramas del gobierno tienen un sinnúmero de funciones que si no se restringen,

su utilización inmoderada puede debilitar al sistema; a veces los pesos y contrapesos de alguna forma “empatan”, se anulan unos a los otros, provocan un conflicto irresoluble y, por lo tanto, las instituciones de la democracia dejan de funcionar bien (Levitsky y Ziblatt, 2018: 134). El sistema sólo es funcional cuando se respetan y hacen respetar las normas de la tolerancia mutua y se práctica la autorrestricción en el ejercicio del poder que a cada rama del gobierno toca, cuando no se abusa de él.

Uno de los principales pensadores e impulsores de la corriente de la democracia deliberativa, el filósofo noruego Jon Elster, en su contribución al libro *Can It Happen Here?*, compilado por Cass Sunstein (2018), que ya hemos citado en diversas ocasiones, parte del análisis de la concentración gradual del poder por parte de Luis Bonaparte (Napoleón III), quien en principio llegó al más alto puesto ejecutivo del gobierno a través de un proceso democrático. En su capítulo “The Irresistible Rise of Louis Bonaparte” pretende demostrar que “... se pudo haber resistido a Luis Bonaparte en tres puntos de bifurcación [*branching*], cuando sus opositores tenían tanto los motivos como la oportunidad de detenerlo. La pregunta central es: ¿por qué fracasaron cuando todavía podían hacerlo?” (Elster, 2018: 278), cuando todavía organizaba sus conspiraciones desde el extranjero: en Roma, Suiza e Inglaterra. Elster afirma que Luis Bonaparte (1808-1873) fue un político muy competente y no tuvo temor de rodearse de asesores brillantes y de expertos reconocidos en las principales materias del Estado. Finalmente, fue electo diputado a la Asamblea Nacional, aunque vivía en Inglaterra, y peor aún, no había obtenido los votos necesarios; a pesar de ello, nunca se cuestionó su elección y así fue como se convirtió en miembro del Parlamento. En 1848 fue elegido presidente de ese órgano legislativo, y aunque se discutió mucho sobre la posibilidad de eliminar de los cargos públicos a los familiares de las familias reinantes del pasado, esa propuesta fue rechazada por la propia Asamblea. También se deliberó acerca de la conveniencia de establecer en la Constitución y en las leyes electorales disposiciones que requirieran la residencia en Francia durante los diez años previos a la elección para aspirar a cualquier responsabilidad de elección popular, pero este esfuerzo también fracasó. Finalmente se optó por la elección popular abierta y directa, y para sorpresa de los demás candidatos, como Alfonso de Lamartine, Luis Bonaparte arrasó en la elección. Comenta el pensador nórdico: “Las elites fueron, de hecho, culpables de un doble error: no sólo menospreciaron el apoyo popular de Luis Bonaparte,

sino que también sobreestimaron su capacidad para controlarlo en caso de que fuera electo” (Elster, 2018: 297). Bonaparte presentó una propuesta de enmienda a la Constitución para poder ser elegible por un segundo periodo, pero perdió la votación en la Asamblea. Abolió, entonces, por decreto, la ley del 31 de mayo de 1850, que establecía el sufragio universal como el método de selección de los gobernantes, convirtiéndose así en el “líder de pueblo”. En otras palabras, perpetró un golpe de Estado, mediante el cual concentró todos los poderes en sí mismo en 1851 (con la promulgación de su famoso *18 Brumario*), erigiéndose en un dictador. Más todavía, poco después, en 1852, logró transformar la República en un imperio hereditario (Elster, 2018: 285). Según este autor, Luis Bonaparte pudo haber sido frenado en tres ocasiones diferentes; en la última logró su objetivo.

Uno de los mayores méritos de este autor consiste en que nos describe el carácter narcisista y megalómano de los líderes populistas: señala que este tipo de dirigentes sí buscan éxitos para la nación en su conjunto, pero únicamente si los mismos reflejan su autoconferida gran capacidad política y estatura moral, además de que es indispensable el reconocimiento social de que él es el único responsable de las acciones del Estado. Ésta es la razón por la que muchos populistas en el poder buscan una administración pública con colaboradores de menor preparación, menos capacidades o más mediocres que ellos mismos. Servidores públicos que les concedan la razón en todo y los hagan creer que todas las ideas de gobierno son suyas. Jon Elster considera que el presidente Trump es un ejemplo de este tipo de dirigentes políticos. Lo compara en su texto con Luis Bonaparte y concluye que la causa que nos permite comprender por qué ambos llegaron al poder no está necesariamente en su carácter, sino en la debilidad de sus oponentes y en una evidente falta de coordinación política de las fuerzas opositoras (Elster, 2018: 304-307).

En el caso de Estados Unidos, tanto los demócratas como los republicanos menospreciaron la popularidad del candidato Trump. Los miembros opositores del Partido Republicano no se coordinaron entre ellos para postular a otro representante. Por ejemplo, los demás aspirantes republicanos que participaron en la competencia por la candidatura pudieron haberse retirado de la contienda y apoyado a alguna de las figuras políticas del partido con mayores posibilidades de vencer a Trump. La falta de confianza entre todos y el *wishful thinking* pueden explicar esta ceguera entre los rivales (Elster, 2018: 306-307).

Quizá el trabajo más interesante sobre populismo recientemente escrito sea el de Nadia Urbinati, *Me The People*, en el cual explica que desde el siglo XIX han existido manifestaciones de populismo que conviven con la democracia, sobre todo en América Latina; sin embargo, lo que resulta novedoso hoy es su intensidad y la extensión que ha alcanzado: “Los movimientos populistas están surgiendo en casi todas las democracias” (Urbinati, 2019: 1). Considera que no se deben entender simplemente como un cansancio con y un desgaste generalizado del *establishment*, sino como una intención genuina de tomar el poder por parte de las mayorías, las cuales, por lo tanto, no lo conciben como una amenaza para la democracia sino como una forma válida de rejuvenecerla. En el fondo, las masas están convencidas de que se trata de una lucha por arrebatarle la democracia liberal a las elites (Urbinati, 2019: 2). En opinión de esta pensadora contemporánea, el término populismo ha perdido significado porque todo parece caber dentro de él; lo delicado es, entonces, que no se logra crear una estrategia antipopulista exitosa.

Piensa que es fundamental analizar los tres pilares de la democracia moderna: el pueblo, el principio de mayoría y la representación, para así comprender cómo los movimientos populistas pretenden construir un régimen distinto dentro de la democracia constitucional: “El populismo en el poder [...] es una nueva forma de gobierno representativo, pero es una forma desfigurada” (Urbinati, 2019: 3). Si bien analiza al populismo como una tendencia global, también subraya que cada uno de estos movimientos tiene características específicas. Lo que todos ellos sí tienen en común es que pretenden transformar la democracia representativa, sobre todo en razón de que, según su óptica, no representa al “pueblo”; los populistas están en contra de los intermediarios, desconfían de los pesos y contrapesos y engrandecen el voto ciudadano. Critican que los partidos de la democracia constitucional han fallado en cumplir lo que prometen. Por lo tanto, su estrategia es movilizar a las masas en apoyo de un líder, para lograr derrotar a las elites, que han concentrado todo el poder, lo que ha dado como resultado la proliferación de sociedades con inmensas desigualdades; sin embargo, el movimiento populista tiene una nueva estrategia también elitista para gobernar, basada en el vínculo directo entre el líder y las masas, o el pueblo, y esto no lo podremos entender cabalmente si nos quedamos en el mero análisis de su narrativa de protesta (Urbinati, 2019: 7). Más allá de en lo que dicen los populistas, se trata de enfocar la atención en lo que hacen.

La democracia no consiste simplemente en celebrar elecciones libres, sino que es imprescindible que se fomente e instrumente la discusión pública de las diversas visiones en competencia, algo que justamente el populismo quisiera evitar; su meta es, por el contrario, unificar la voluntad general en detrimento del pluralismo: “Una democracia que viola los derechos políticos básicos —especialmente los derechos cruciales para formar opiniones y formular juicios, así como expresar desacuerdos y visiones cambiantes— y que sistemáticamente evita la posibilidad de la formación de nuevas mayorías, no es una democracia” (Urbinati, 2019: 10). Por ello nos previene acerca de que no es que el populismo se trate simplemente de una democracia iliberal, sino que en definitiva no se le puede considerar una democracia puesto que presiona al sistema hasta sus límites. A la larga, el movimiento populista tiende a convertirse en otro tipo de régimen que no es el democrático, porque no está basado en el poder obtenido por una mayoría entre varias, sino en el de la “mayoría buena”, una que existe independientemente de las elecciones.

Dado que no se trata de un régimen en sí mismo, sino de una transformación que se lleva a cabo dentro de la democracia, tiene dos posibles caminos: regresar al gobierno representativo o convertirse en una dictadura (Urbinati, 2019: 191). Sólo representa la voluntad de una mayoría específica. Aunque sin duda el populismo por lo general formula un buen diagnóstico acerca del malestar de la gente, no nos ofrece la solución adecuada, al transformar los procedimientos democráticos, las instituciones y las prácticas. En resumen, sólo pretende instalarse como la mayoría “buena”, olvidándose de las demás partes de la sociedad (Urbinati, 2019: 197).

Concluye esta científica social que los retos de la democracia constitucional provienen tanto de la oligarquía como de la mayoría popular, que buscan imponer su forma de enfrentar las grandes desigualdades sin considerar a las otras posibles mayorías. El populismo transforma las reglas de la democracia para exaltar al líder; así que finalmente el pueblo abdica de su poder en favor de él (Urbinati, 2019: 206). Explica: “Mi argumento central es que el populismo nunca puede resolver el problema por el cual los populistas reaccionaron” (Urbinati, 2019: 207). No pueden ir más allá de sólo estar al servicio de una parte que ha cedido sus derechos al carisma del líder.

Populismo en Estados Unidos

Entre otras razones, la llegada del primer afroamericano a la Presidencia generó el surgimiento en la Unión Americana de un movimiento populista de las clases medias de derecha: se lo bautizó como el Tea Party. Para muchos de sus miembros el hecho de que un ciudadano de raza negra, junto con su esposa, Michelle, ambos provenientes de la clase trabajadora, hubieran asistido a las más prestigiadas universidades de Estados Unidos y, más todavía, logaran acceder a la Casa Blanca, mostraba sin duda cómo los demócratas trabajaban únicamente para el beneficio de las minorías, las cuales recibían, obviamente, trato especial.

Por otra parte, muchos simpatizantes de las ideas conservadoras y del Partido Republicano consideraban que el programa de salud pública Obamacare era una imposición gubernamental hacia varios sectores de la población, ellos incluidos, pues reclamaban que a pesar de contar con seguros médicos privados, se vieron obligados a pagar, vía impuestos, por la seguridad sanitaria de los trabajadores que carecían de esa protección. Pensaban que el costo de sus propias pólizas se había incrementado por esta razón. Raghuram Rajan lo expresa así: “el esfuerzo de la administración de Obama por reducir el número de individuos sin cobertura de salud en Estados Unidos fue interpretado como otro intento de beneficiar a los clientes, aunque no se lo merezcan, del Partido Demócrata: básicamente los pobres, las minorías y los inmigrantes” (Rajan, 2019: 240).

De manera similar, estos ciudadanos de tendencia conservadora se indignaron cuando el gobierno demócrata aumentó el déficit para ayudar a los también ciudadanos que solicitaron hipotecas y que, por no poder pagarlas, perdieron sus casas además de quedar endeudados. Percibían como una injusticia que fuera la administración federal, con dinero público, la encargada de rescatar a quienes habían cometido errores económicos. Se trata de un amplio movimiento social que se manifestó en contra de cualquier aumento de impuestos, pues sostenían sus integrantes que el partido en el poder se concentraba en proteger a las minorías sin importarles el destino de la clase trabajadora nativa y blanca.

En su análisis acerca de la pérdida de empleos en los estados de la región central de Estados Unidos, en específico de los *hillbilly* (habitantes pobres de zonas rurales) en una comunidad de Ohio, que migraban por las autopis-

tas de la cordillera de los Apalaches hacia las entidades del Norte, las cuales contaban con un mayor desarrollo económico, J. D. Vance describe la situación de estas comunidades de trabajadores blancos, inmersos en un contexto en donde se han cerrado las minas y las fábricas en que solían laborar; de una significativa violencia familiar, con una gran cantidad de divorcios y en un ambiente de abuso del alcohol y de las drogas, como un escenario de inevitables círculos de frustración y de violencia; concluye que: “Nada nos unía con el corazón del tejido de la sociedad estadounidense. Nos veíamos atrapados entre dos guerras imposibles de ganar, en donde una gran parte de los luchadores venían de nuestra vecindad, y en una economía que fracasaba en proporcionar la promesa más básica del sueño americano: un salario estable” (Vance, 2016: 189). En Ohio, estos migrantes blancos en busca de trabajo no son aceptados, por el contrario se los mira como extraños: el sueño americano no es para ellos. A estos olvidados del sistema se dirige, entre otros, una prensa llena de mentiras: la mayoría creía firmemente que el presidente Obama era un extranjero infiltrado con la misión de destruir el país. Finalmente, hay que señalar que los populistas sienten una gran desconfianza en las instituciones estadounidenses: “Existe un movimiento cultural en la clase trabajadora blanca que se inclina a culpar de los problemas de la sociedad al gobierno, [un movimiento que] cada día gana más adeptos” (Vance, 2016: 194).

Añade que el lema de estos actores sociales marginales podría ser: “si tú fracasas, no es tu culpa; es al gobierno al que hay que culpar”. El 42 por ciento de los trabajadores blancos considera que ha sido menos exitoso económicamente que sus padres, es decir, no tiene la esperanza de una vida mejor. Experimenta una crisis de identidad, y así como exige mejores salarios o beneficios sociales, sobre todo demanda respeto y que se lo trate con dignidad. Este grupo de la sociedad estadounidense “profunda” observa cómo se van perdiendo sus valores, sobre todo los relacionados con su fe, con la familia y con el patriotismo. Incluso su identidad de habitantes originales, blancos, protestantes y heterosexuales está en crisis y, según ellos y ellas, amenazada por movimientos como el LGTBTTIQ+, que defiende la libertad de elegir las más diversas preferencias sexuales y formas de vida (Norris, 2017: 16).

El candidato Donald Trump supo leer este descontento que crecía aceleradamente en Estados Unidos. Las elites, tanto las demócratas como las republicanas, tenían proyectos de futuro que no consideraban los costos que muchos trabajadores blancos no calificados estaban pagando con la globaliza-

ción. Curiosamente, se produjo un consenso entre las elites de los dos partidos en el sentido de que el proceso globalizador era la única y mejor estrategia económica para el desarrollo de Estados Unidos, y ése fue el conocido como Consenso de Washington; sin embargo, no se contemplaron medidas que compensaran a los grupos perdedores de la economía globalizada y los acelerados cambios tecnológicos, causantes de despidos masivos. Es decir, no se tejieron las necesarias redes de seguridad para proteger a estos grupos ni se establecieron programas para capacitar y educar a los desplazados para que pudieran insertarse en nuevas áreas productivas. Por ejemplo, la tecnología de inteligencia artificial avanza a pasos agigantados, lo que ha ocasionado significativos cambios en la sociedad en relativamente poco tiempo, pero la capacidad de adaptación de los segmentos poblacionales más vulnerables es casi nula.

Klaus Schwab se refiere al impacto de la que ha identificado como la cuarta revolución industrial, en la cual se han popularizado la internet móvil, la inteligencia artificial y las máquinas que aprenden por sí solas: “La fusión de estas tecnologías y su interacción a través de los dominios físico, digital y biológico hace a la cuarta revolución industrial fundamentalmente diferente de las revoluciones previas” (Schwab, 2017: 8). Explica el autor que se requiere con urgencia de un nuevo marco institucional para mitigar la disrupción que traen consigo estas nuevas tecnologías. Demanda, asimismo, la creación de una nueva narrativa común que establezca las áreas de oportunidad y los retos de esta revolución, si se quiere evitar una reacción popular virulenta en contra de sus transformaciones. Es justo esta revolución la que ha acelerado las desigualdades sociales, ya que se beneficia más a los innovadores, inversores y accionistas, excluyendo a los trabajadores de los rendimientos, por ello resulta impostergable establecer los nuevos valores que servirán como criterios para tomar las decisiones sobre políticas públicas, con la finalidad de que esta cuarta revolución industrial construya las condiciones con miras a brindar oportunidades para todos (Schwab: 2017: 13).

Este grupo de la población, con sus demandas reales, concretas y muy idiosincráticas, así como con su peculiar percepción de que viven en un contexto de gran inseguridad y sufren pérdida de identidad, fue menospreciado por la candidata demócrata, Hilary Clinton, quien incluso lo llamó “deplorable”; sin embargo, los cambios culturales que los afectan son reales, como también lo es la disminución de sus pensiones; en otras palabras, la ansiedad y el desasosiego que sienten, su decepción del sistema son muy válidas. Además,

“es un error pensar que los que apoyaban a Trump, [únicamente eran] los trabajadores fabriles desplazados, o los mineros del carbón en pie de lucha. Mucha gente de la otrora sólida clase media o hasta algunos segmentos de la población más pudiente también sentían que su mundo estaba de cabeza en el siglo XXI (Frum, 2018: 27).

Para Edward Luce las clases medias de Occidente son las grandes perdedoras con la globalización, puesto que no sólo no gozaron de aumentos reales de salario, sino que experimentaron una constante y sostenida reducción en su calidad de vida, en contraste con otras clases medias que sí crecieron, como las de China e India. Por ello resulta importante tener en cuenta que si bien la democracia tiene su fundamento en sus valores, lo que realmente le da fuerza y estabilidad es el desarrollo económico (Luce, 2017: 13).

En palabras de John Judis: “Muchos de los ‘partidos del Te’ locales [*Tea parties*] eran parte de la gran tradición del populismo estadounidense y reflejaban la oposición desde la derecha al consenso neoliberal” (Judis, 2016: 57). Si bien los movimientos populistas actuales consideran a la globalización como la gran culpable de todos sus problemas, no advierten que el verdadero peligro reside en la automatización y que se trata de un asunto sobre el que se debe deliberar para encontrar soluciones a nivel mundial. Estamos frente a una transformación tecnológica que se mueve aceleradamente y que exige más educación, capacitación y reentrenamiento. Tradicionalmente, los movimientos populistas se oponen a las consecuencias de los periodos de rápida modernización.

Edward Luce explica que “las elites del mundo han ayudado a provocar lo que temían: la revuelta populista en contra de la economía mundial. La globalización va en reversa mientras que el impacto de las nuevas tecnologías muestra signos de estar creciendo” (Luce, 2017). Lo anterior ha ocasionado el retroceso del proceso globalizador, pues se ha consolidado una tendencia a que los gobiernos centrales estimen que la solución a sus problemas pasa por cerrar sus fronteras y preocuparse únicamente por los intereses propios de su país. Este autor explica que Estados Unidos ha caído en un “plutopopulismo”, que se demuestra, por ejemplo, con las medidas y con el discurso del presidente Trump, como desregular el sector financiero y reducir los impuestos a los ricos, en el primer caso, y culpar a los inmigrantes de todos los males, en el segundo.

En su campaña electoral Donald Trump cuestionó tanto el neoliberalismo económico, promotor de la globalización, como el libre mercado, así como

también la política exterior neoconservadora del Partido Republicano, que pugnaba por la exportación de la democracia. Esta posición del presidente, argumenta Judis, significa una amenaza para la coalición conservadora republicana que Ronald Reagan logró formar y que reunía a gran parte de la comunidad de empresarios, a los trabajadores blancos y a las clases medias, muchos de cuyos miembros se habían alejado del Partido Demócrata. En su campaña presidencial, Trump obtuvo el apoyo de los estadounidenses blancos de la clase trabajadora, que se sintieron desplazados por los migrantes, por la tecnología y por los tratados de libre comercio, que propician la creación de empleos en otros países que pagan salarios más bajos con la finalidad de ser más competitivos en el mercado global. Hombres generalmente viejos, escasamente educados, sin esperanza, experimentaban ansiedad y enojo: “De acuerdo con una encuesta del Pew Research Center, 67 por ciento de los que apoyaban a Trump pensaban que los acuerdos de libre comercio eran negativos para Estados Unidos” (Judis: 2016: 76). De alguna forma, tanto la elite del Partido Republicano como la del Partido Demócrata se alejaron significativamente de sus bases. Los grupos económicos favorecidos por la globalización son también responsables del surgimiento de los movimientos populistas en contra del *establishment*, ya que sólo se preocuparon por concentrar grandes riquezas, y más aún, mostraban sin pudor los excesos de sus vidas de dispendio, a través de internet, a todo el mundo.

El entonces candidato, el “carismático” Trump, definió a sus enemigos: México y China. A la migración mexicana la culpó de quitar sus trabajos a los estadounidenses y de influir para mantener bajos los salarios en Estados Unidos. A China, de haberle causado un enorme déficit comercial a su país. Los enemigos tienen rostro y las soluciones son simples: construir un muro en la frontera e iniciar una guerra comercial. Los movimientos populistas de derecha casi siempre apelan al credo etnonacionalista de “sangre y tierra” (Posner y Weyl: 2018: 14).

Por otra parte, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) fue catalogado por el actual presidente de la Unión Americana como el peor que ha firmado Estados Unidos en toda su historia, con el argumento de que sólo beneficia a México. Afortunadamente, después matizó esta retórica y se logró llegar a un nuevo arreglo comercial con México y Canadá, el USMCA/TMEC, entre otras razones porque fueron muchas las voces de estadounidenses beneficiados que se pronunciaron en su defensa.

Respecto del comercio con China, no existe un buen concepto acerca de la oferta de productos baratos en Estados Unidos provenientes de la nación asiática, que sin duda beneficiaban al consumidor estadounidense. Ya se ha iniciado una guerra comercial con ese país, lo que tendrá consecuencias negativas y generará mucha incertidumbre en la economía global, las que desde luego se trasladarán a las locales.

Los miembros del movimiento Tea Party sostenían que el Estado benefactor funcionaba sólo para proteger a los migrantes indocumentados y a las minorías. Pensaban que afectaba directamente los beneficios a los cuales tenían derecho por su trabajo, además de que tendrían que pagar más impuestos para sostener esa política social. El Estado benefactor tenía que gastar más en salud y educación para los migrantes, lo cual necesariamente aumentaba el déficit y, en consecuencia, la carga fiscal. Los argumentos de quienes defienden a los indocumentados, en el sentido de que éstos contribuyen con su trabajo eficiente y barato a la competitividad de los productos estadounidenses, y que además pagan impuestos al consumirlos y no utilizan las prestaciones sociales por temor, no son escuchados por la población blanca de la clase obrera. Justamente son estos últimos el sector poblacional que más electores tiene (Luce, 2017: 95). Independientemente de que sea o no verdad, esta narrativa funcionó para movilizar a los trabajadores blancos de edad avanzada porque presentaba una solución fácil a sus problemas. Ronald Inglehart explica que si bien la inseguridad que los trabajadores sienten se debe a la gran concentración de la riqueza por parte del 1 por ciento de la población y les resulta más fácil culpar a los migrantes, a los extranjeros, a los “otros” (Inglehart, 2018).

Si se elimina la migración de mexicanos se acaba el problema, sostiene la política conservadora vigente: todos los obreros de raza blanca conservarían sus empleos u obtendrían nuevos y el Estado benefactor les brindaría mejores beneficios sociales. Asimismo, esta obsesión por combatir la migración desde el Sur ha llegado a extremos y generado incluso una doble moral. Por ejemplo, las medidas de separación de padres e hijos migrantes indocumentados que el gobierno estadounidense ha instrumentado contradicen la propaganda de los republicanos de que son un partido que defiende a la familia. Incluso, lamentablemente ya se han producido fallecimientos de niños. Habrá que seguir de cerca hasta dónde pueden llegar estas inaceptables prácticas de exclusión. Hay que resaltar que fue una de las políticas que más afectaron negativamente al presidente Trump.

Sin embargo, no es posible ignorar que la realidad de doce millones de indocumentados representa un problema que sería un error menospreciar. Al respecto, John Judis subraya: “En un sentido más profundo, la existencia de una subclase de inmigrantes puede debilitar la confianza del pueblo en la que un Estado de bienestar, o democracia social, necesita estar basado” (Judis, 2016: 159).

El trabajador blanco, con poca o nula instrucción, también está enojado y ansioso por los cambios culturales debidos a las migraciones, y sólo se siente escuchado por Trump. Son temores y molestias que no pueden ni deben subestimarse y ser simplemente considerados como racistas. La creciente migración constituye, sin duda, un fenómeno mundial que requiere de la debida atención y exige el diálogo entre los países para que puedan cooperar en la formulación de políticas que manejen más adecuadamente este importante problema contemporáneo.

En este sentido, como hemos mencionado, Luce afirma que el problema en Estados Unidos es que se han privilegiado las políticas de la identidad y se ha olvidado, en consecuencia, la premisa fundamental del liberalismo: los derechos del ciudadano. El comienzo de las luchas por los derechos de las minorías puso en duda la legitimidad misma del liberalismo democrático. El multiculturalismo, tan de moda, representó el desplazamiento del enfoque de los derechos hacia las minorías, dejándose en un lugar secundario los del ciudadano concebidos, a la manera de Locke, como postulados generales. El énfasis en los derechos de las minorías provocó que se cayera en una especie de tribalismo (Luce, 2017: 97; Fukuyama, 2018). En este contexto, se cuestionaron profundamente los fundamentos del liberalismo, centrado en el análisis de una idea de Hombre con características universales: el ciudadano.

De acuerdo con Luce, para solventar la crisis de la democracia liberal occidental es preciso construir lo que podría llamarse una “plaza pública digital”, donde se establezca una mayor interacción deliberativa entre políticos y ciudadanos para debatir acerca de los distintos asuntos públicos con transparencia y en forma incluyente, con la defensa de los derechos de los ciudadanos siempre como horizonte (Luce, 2017: 70).

El nacionalismo como amenaza a la democracia: las lecciones de la historia

Edward Luce argumenta que: “La creencia en una versión autoritaria del destino nacional escenifica actualmente un poderoso retroceso. El liberalismo occidental está siendo sitiado” (Luce, 2017: 11). Los nacionalismos no surgen de la nada, sino que son el producto de la concentración de la riqueza a nivel mundial. Las elites globales decidieron dejar de promover los intereses de sus países de origen; en este sentido, la reacción de las clases medias y de los trabajadores ha sido apoyar a los movimientos nacionalistas. El nacionalismo actual es un fenómeno universal, que no tiene contenido ideológico, salvo por el sitio preponderante que ocupa la nación. Es más bien un sentimiento prerracional, en un sentido de adherencia tribal, a un determinado país. Los pueblos que comparten lengua, costumbres, creencias religiosas, instituciones e historia pueden solucionar sus problemas más fácilmente, sin necesidad de que el gobierno lo haga por ellos (Goldberg, 2018: 310-320).

Ian Bremmer nos explica que cuando los individuos sienten amenazadas la seguridad, las oportunidades y la prosperidad que el gobierno tiene como obligación proveerles, entonces buscan retomar el control. Se inicia la lucha entre *nosotros* y *ellos*: “El nacionalismo crece por la necesidad de restablecer el control al declarar una solidaridad compartida” (Bremmer, 2018a: 33). Argumenta este autor que ante una situación de desorden, se promete proteger la soberanía así como construir murallas para mantenerlos alejados a “ellos”, en el caso de Estados Unidos, éstos son definidos como los mexicanos indocumentados. Las grandes migraciones debilitan, en forma muy rápida, esta ilusión de control que los líderes y los ciudadanos quieren promover; sin embargo, si bien no hay nada absolutamente negativo en ciertos regímenes nacionalistas, desafortunadamente la historia nos ha enseñado las terribles consecuencias que los nacionalismos exacerbados pueden llegar a tener.

Christopher R. Browning, en su artículo “The Suffocation of Democracy”, compara los movimientos de los años treinta del siglo xx, que ocasionaron la Alemania nazi, con las corrientes populistas actuales. En forma similar a lo que ocurre hoy en día, en esa época también se proponía una estrategia de aislamiento en materia de política exterior y se rechazaba participar en las organizaciones internacionales. Se optaría desde la década de los veinte por una idea equivalente a la actual de “America first”. También en esos tiempos,

como en la actualidad, en Estados Unidos se produjo una muy grande concentración de la riqueza. Se adoptaron políticas restrictivas para defender a los estadounidenses blancos, anglosajones y protestantes de las consecuencias de las migraciones de judíos y católicos. Estas medidas no permitieron que la Unión Americana pudiera encontrar respuestas rápidas para combatir la Gran Depresión y el surgimiento del fascismo (Browning, 2018). Fue una etapa en que se dieron intensas guerras comerciales que, sin duda, afectaron las relaciones entre los países. Es verdad que la historia nunca se repite de forma idéntica, convicción que este autor comparte; sin embargo, sus ejemplos siempre deben servirnos en la intención de evitar en la medida de lo posible los potenciales desastres mundiales; ignorarla nos puede llevar a consecuencias inimaginables, que pensábamos eliminadas de nuestro presente.

Los pactos y las instituciones creadas a partir de la segunda guerra mundial por los líderes de Occidente han logrado, sin duda, mantener la paz. Si bien la globalización no ha sido la panacea para todos los países, sí se han creado relaciones de cooperación económica que limitan la posibilidad de un enfrentamiento abierto. En estos tiempos estamos regresando, desafortunadamente, a considerar que las relaciones internacionales no pueden ser más que de suma cero, es decir, una de la partes tiene que ganar y la otra que perder cuando se presentan conflictos entre ellas. De esta forma, por ejemplo, el presidente Trump no promueve los valores de la democracia sino que, por el contrario, admira a los líderes autoritarios que logran ejecutar sus políticas con rapidez, como Vladimir Putin. De acuerdo con David Frum, Putin está afectando el equilibrio del sistema internacional y representa una amenaza para las instituciones democráticas (Frum, 2018: 228).

Paradójicamente, las políticas que promueve Donald Trump amenazan las prácticas de libre mercado que tradicionalmente ha abanderado el Partido Republicano. Si bien los republicanos están de acuerdo con la reducción de impuestos para las clases más adineradas, las consecuencias de las estrategias aislacionistas y de las guerras comerciales promovidas por el presidente pueden llegar a tener más efectos negativos de los que se piensan. Por otra parte, el Partido Demócrata está muy debilitado y no surgen líderes que puedan aglomerar a la oposición.

En la opinión de Browning, la democracia iliberal que se está consolidando en Estados Unidos engendra muchos posibles problemas. Argumenta que a diferencia del nazismo y del fascismo de Hitler y Mussolini, quienes

abiertamente reconocían que sus sistemas eran totalitarios, el actual fenómeno populista autoritario “ha descubierto que los partidos de oposición pueden existir y las elecciones se pueden llevar a cabo para permitir una pequeña dosis de legitimidad democrática, cuando en realidad las elecciones no representan una amenaza a su poder” (Browning, 2018: 16). Tampoco requiere eliminar totalmente la libertad de prensa, ya que con las *fake news* (noticias falsas), las verdades objetivas parecen perder importancia en la conformación de la opinión pública. Hay por supuesto que indicar que la actual proliferación de noticias falsas, o verdades alternativas, no solamente es culpa de los republicanos en el poder. David Frum argumenta que cuando se referían a la “posverdad”, ya desde los ochenta del siglo xx, los académicos cuestionaron la vigencia de expresiones como verdad o falsedad, a las que más bien empezaron a concebir como herramientas comunicacionales que sirven a las ideologías que sostienen a los detentadores del poder. Consideraban necesario, en su lugar, pensar en términos de narrativas, las cuales sólo se podían evaluar con base en la raza, el género y la clase, es decir, que dependían de la identidad (Frum, 2018: 222).

También de gran importancia para los recientes movimientos nacionalistas en el mundo es restar fuerza a los jueces independientes, así como nombrar en las vacantes del Poder Judicial sólo a personas leales a sus posturas, por supuesto con la finalidad de debilitar uno de los principales pilares del sistema de pesos y contrapesos: “La agenda de la democracia iliberal de Trump está muy lejos de reflejar a las dictaduras de Mussolini y de Hitler, pero esto no brinda mucho confort a aquellos que tienen la esperanza, y desean, que el arco de la historia inevitablemente se doble hacia una mayor emancipación, más igualdad y más libertad” (Browning, 2018: 17).

Ahora bien, ¿es imposible que se produzca una dictadura en Estados Unidos? En su libro *Can It Happen Here? Authoritarianism in America* (2018), Cass R. Sunstein formula una serie de preguntas a diversos pensadores políticos, entre ellas: ¿se puede llegar a establecer un sistema autoritario en Estados Unidos?; ¿puede el populismo producir autoritarismo?; ¿qué pasos tendría que dar un presidente si quiere llegar a ser un dictador?; ¿qué tan robusta es la libertad de expresión?; ¿puede la Constitución resolver cualquier problema político, como el surgimiento de un eventual régimen autoritario en el país? En resumen, este autor se pregunta si puede existir autoritarismo en Estados Unidos, y después de revisar todos los artículos constitucionales

responde: “Absolutamente. Ha pasado antes. Va a volver a pasar. Para muchos estadounidenses, algo así está pasando ahora mismo” (Sunstein, 2018: xi).

En este sentido, en su contribución para el mismo libro editado por Cass Sunstein, el jurista Eric Andrew Posner recuerda que tanto George W. Bush como Barack Obama fueron en algún momento comparados con Hitler. También Trump lo fue, incluso antes de convertirse en presidente por, entre otras razones, pedir que se encaralara a Hillary Clinton, apoyar abiertamente la tortura de prisioneros, poner en duda la legitimidad de las elecciones (por supuesto antes de su victoria), por haberse permitido supuestamente que votaran los indocumentados, por no transparentar el pago de sus impuestos y por atacar una decisión de un juez contraria a él, por su origen étnico (Posner y Weyl, 2018: 3). Explica este autor que aunque Trump tuviera la intención de convertirse en un dictador, en Estados Unidos existen instituciones muy poderosas y sólidas que se lo impedirían:

- *La prensa.* Posner considera sumamente difícil que se pudiera reelaborar una versión de la Ley de Sedición de 1798, que criminalizaba la difamación a un presidente. Aunque en su opinión era también prácticamente imposible que Trump lograra inclinar a la Suprema Corte a su favor, nominando, y obteniendo la aprobación por parte del Senado, a una mayoría de ministros conservadores, pero sorpresivamente en la actualidad el máximo tribunal de Estados Unidos cuenta con cinco jueces conservadores y cuatro liberales, lo que nos hace pensar que esta institución no constituye un obstáculo suficiente para frenar los deseos presidenciales. Puede también intentar controlar la información que produce el gobierno, como lo hizo Obama, y procurar bloquear a los *whistleblowers* mediante el uso discrecional de su poder ejecutivo, además de negarse a entregar cualquier información sin una orden judicial. De una forma más descarada podría, asimismo, utilizar las leyes penales, los reglamentos administrativos y las normas fiscales para hostilizar a los periodistas que lo cuestionen, así como también solicitar investigaciones en su contra.
- *El Congreso.* Un dictador puede disolver el Congreso, aunque la mayoría lo conserva siempre y cuando se subordine a su poder: “Muchos dictadores prevalecen sobre la legislatura simplemente porque son inmensamente populares, y convocan a la población para que castigue a

los legisladores oponentes en las próximas elecciones” (Posner y Weyl, 2018: 6). Pueden también, por ejemplo, ordenar a los funcionarios correspondientes que sean más duros en la aplicación de las disposiciones vigentes contra los indocumentados, flexibilizar las medidas de protección del medio ambiente o imponerle impuestos a China; recuérdese cuando Trump amenazó a México con asignarle aranceles a sus mercancías si no frenaba la migración de centroamericanos; no obstante, el Congreso puede también afectar la actuación del presidente, como cuando aprobó aquella legislación que imponía nuevas sanciones a Rusia, a pesar de la oposición de Trump. Por su parte, el presidente tiene la facultad de redirigir los fondos públicos hacia las áreas que él considere prioritarias.

- *La burocracia.* Según Posner, “la burocracia más importante para un aspirante a dictador es la militar, de la cual la mayoría de ellos depende para conservar su poder” (Posner y Weyl, 2018: 8); sin embargo, resulta muy dudoso que los militares los apoyen si realizan actos inconstitucionales.
- *Las cortes.* Los tribunales pueden eliminar regulaciones y bloquear órdenes ejecutivas. A su vez, el presidente puede ordenar a los funcionarios del Ejecutivo que no obedezcan ciertas leyes, aunque obviamente los coloca en un gran riesgo de índole legal.
- *Los estados y gobiernos locales.* Son generalmente las autoridades subnacionales las que aplican las leyes, tanto las locales como las federales. Por ejemplo, algunos de los estados han tomado la decisión de no instrumentar las persecuciones masivas en contra de los indocumentados que ha ordenado el Ejecutivo federal y en cambio procuran proteger a los inmigrantes ilegales de las autoridades nacionales, las cuales a su vez llegan a responder con el bloqueo de los fondos locales o hasta con la promulgación de nuevas leyes, que hacen cumplir con la intervención de agentes federales (Posner y Weyl, 2018: 11).
- *La sociedad civil.* “En muchos países ya lo han hecho [atacar a la sociedad civil], acosando a sus críticos y ofreciendo beneficios a sus representantes que apoyen al régimen” (Posner y Weyl, 2018: 14).
- *Las masas.* El método que más se utilizó para convertirse en un dictador en el siglo xx fue la implementación de métodos extralegales con la participación de las masas, incitándolas a emplear la violencia para

intimidar a los oponentes. Éste fue el método preferido de Hitler y Mussolini, quienes apelaron al apoyo de jóvenes insatisfechos que se ilusionaban con las promesas y aspiraciones del dictador, quien a cambio los beneficiaba incluso hasta desentendiéndose de algunas de sus acciones ilegales o perdonándoles ciertos crímenes.

Sería muy difícil poder implementar todas estas tácticas al mismo tiempo y de forma exitosa. Posner nos recuerda que todas estas instituciones están orgánicamente ligadas, dependen de su apoyo recíproco y del de todas entre sí (Posner y Weyl, 2018: 17). En otras palabras, podemos observar cómo su concepción de democracia se fundamenta en el conjunto de instituciones que la conforman y la defienden. Este pensador no coloca a ninguna de las instituciones democráticas en un lugar preponderante, pero tampoco considera que ninguna de ellas pueda faltar. En su opinión, las instituciones configuran una arquitectura organizacional de pesos y contrapesos que se refuerzan entre sí para proteger a la democracia.

Asimismo, en la política exterior de la administración Trump, si bien se está muy lejos de las guerras imperialistas de Hitler y Mussolini y sus genocidios, sin duda hoy atestiguamos una a veces muy peligrosa inestabilidad mundial. Madeleine Albright escribió un libro llamado *Fascism: A Warning* (Albright, 2018). Nos preguntamos por qué alguien tan conocedora de la historia y la diplomacia siente la necesidad de escribir sobre el fascismo en esta segunda década del siglo XXI, un fenómeno político y social que causó tanto daño a la humanidad y que parecía estar enterrado para siempre precisamente por los millones de muertes y el gran sufrimiento que causó. Argumenta la autora que en Estados Unidos la democracia se asume como algo dado porque los estadounidenses siempre han estado acostumbrados a gozar de mucha libertad. Explica que si bien es cierto que se dio un gran avance en la cantidad de naciones democráticas en el mundo a finales del siglo pasado, que pasaron de treinta y cinco a cien, últimamente, en su opinión, muchos líderes que alcanzaron el poder recientemente están tratando de debilitar la confianza en las elecciones, los tribunales y los medios de comunicación (la prensa) e incluso hasta en la ciencia. Menosprecian los hechos y los datos objetivos, critican a las instituciones y proponen políticas económicas y comerciales nacionalistas y proteccionistas. Consideran a la oposición como el enemigo a descalificar y vencer, y no como un adversario con el que

es posible dialogar y llegar a acuerdos. Albright sostiene: “[...] desde el final de la segunda guerra mundial, Estados Unidos había liderado la visión de que las victorias se logran de mejor manera y son más fáciles de sostener a través de acciones de cooperación, que cuando las naciones actúan solas” (Albright, 2018: 6). Incluso se consigue una mejor defensa y seguridad nacional cuando un conjunto de países cuenta con una estrategia común.

La autora argumenta que el fascismo puede ser tanto de derecha como de izquierda. El fascismo muchas veces se liga a un grupo étnico que está sufriendo penurias económicas y que considera que se lo ha privado de beneficios que le correspondían. Son grupos que tienen miedo. El fascismo, nos explica, depende tanto de los grupos económicos poderosos como del apoyo popular. Más que una ideología se trata de una forma de apoderarse del poder. Aparece un líder carismático que conecta con una parte de la población que está molesta y decepcionada, ya sea porque perdió sus trabajos, ha sido de alguna manera humillada, o considera que el país se encuentra en franca decadencia.

La académica y política estadounidense caracteriza al dirigente fascista como alguien que se identifica con y asevera representar a toda una nación o un grupo, e ignora los derechos de los demás ciudadanos y está dispuesto a utilizar los medios que sean necesarios para lograr sus metas. Dicho líder encuentra su base de apoyo en las sociedades que se encuentran frustradas porque sienten que la democracia no les ha traído los beneficios prometidos. Si bien la tecnología y la revolución de la internet han significado grandes avances y contribuido a la disminución de la pobreza en el mundo, también es cierto que muchos sectores poblacionales han sido afectados negativamente, sobre todo debido a la reducción de ciertos empleos, que están siendo sustituidos por las máquinas.

Uno de los elementos que distingue al fascismo es que accede al poder a través de procesos democráticos, para después actuar en contra de la democracia (Albright, 2018: 83). El peligro que conlleva su encumbramiento se encuentra en que poco a poco la población acepta sus acciones encaminadas a minar al sistema democrático sin que, en consecuencia, se produzca una denuncia social lo suficientemente fuerte como para contrarrestarlas:

La visión de Trump sobre Estados Unidos es oscura; entre sus mantras favoritos están, por ejemplo, que las cortes de estadounidenses están prejuiciadas; que el FBI [Federal Bureau of Investigation] es [una institución] corrupta; que la

prensa casi siempre miente y que las elecciones están amañadas. La intención a nivel doméstico de estas condenas es desmoralizar y dividir. Los estadounidenses nunca habían escuchado a ninguno de sus presidentes expresarse con tal persistente escarnio acerca de las instituciones de su país, y además, la audiencia de Trump es global (Albright, 2018: 212).

Así pues, en lugar de invitar al mundo a defender la democracia como sistema de gobierno, aplaude los ataques en su contra y respalda a varios gobiernos autoritarios. En este contexto, el papel que juega la prensa independiente resulta fundamental para que sea posible una constante rendición de cuentas del presidente a la sociedad; es por ello que Trump la ha tachado como enemiga del pueblo. En el fondo, las masas en ese vasto país escuchan a su primer mandatario populista porque están resentidas, han vivido penurias económicas, están descontentas con los cambios culturales y perciben a los funcionarios públicos como corruptos e ineficientes. De acuerdo con Albright, Trump explota sus inseguridades, resentimientos y enojos.

Si bien no todos los partidarios del populismo son inherentemente intolerantes, quienes creemos en los derechos, la sabiduría y las virtudes de la gente común sí debemos exigir que se incluya a todos los grupos en las decisiones de la política y no se excluya a ninguno por definición. La gente común conforma, sin duda, la mayoría de la ciudadanía y, desde luego, resulta fundamental y estratégico convencer a las mayorías para ganar elecciones; sin embargo, lo que caracteriza a un movimiento populista al volverse fascista es que sus dirigentes están dispuestos a utilizar cualquier método, incluida la violencia, para lograr sus fines; incluso a desatender los derechos de los otros grupos para exigir obediencia. Madeleine Albright nos recuerda que cuando se dejan pasar sin contestar las pequeñas agresiones inevitablemente crecen hasta volverse grandes; cuando es imprescindible rechazar ciertas actitudes pero nadie lo hace, y cuando las voces de los adversarios se ahogan o se eliminan, paso a paso, lenta pero consistentemente, se producen las transformaciones antidemocráticas.

Tanto los republicanos como los demócratas, al impulsar posiciones extremas que impiden llegar a compromisos, han extraviado ese “centro” vital que ha sido tan importante a lo largo de la historia política de Estados Unidos. La exsecretaria de Estado Albright teme que los estadounidenses están muy desconectados de los ideales que los han inspirado y unido, un ambiente que considera tierra fértil para el surgimiento de medidas autoritarias.

Existen a la fecha dos tipos de nacionalismo: el liberalismo nacionalista, que se basa en los derechos individuales de los ciudadanos, y otro fundamentado en la cultura. Con la formación del Estado-nación se asumió que la trayectoria de todos los países tendería hacia un nacionalismo liberal, en el cual todos los ciudadanos, en tanto que miembros de dicha nación, tienen los mismos derechos y obligaciones: “[...] la era de la ilusión de la existencia de los Estados-nación homogéneos se terminó o más bien nunca existió” (Tamir, 1993: 3).

Según Yael Tamir, los liberales le dieron demasiada importancia a la razón y no consideran la pasión que los individuos sienten por ciertos valores, la cual les permite formar su identidad, su sentido de comunidad. Añade: “El derecho a la cultura significa dejar a los individuos vivir en el contexto cultural de su elección, decidir sobre sus afiliaciones sociales, recrear la cultura de la comunidad donde viven y redefinir sus fronteras” (Tamir, 1993: 8). En acuerdo con las ideas de Benedict Anderson (2006), Tamir define a la nación como una “comunidad imaginaria”, que, debido a su extensión, no permite relaciones personales entre todos los miembros, aunque sí es la comunidad que ellos imaginan ser.

Cuando el acento se pone exageradamente en el contenido liberal del nacionalismo, se descuidan otros valores necesarios para proteger a los grupos menos beneficiados por las políticas neoliberales. Por otro lado, cuando se subrayan demasiado sus aspectos culturales, y no para fortalecer tradiciones importantes o convicciones nacionales, sino para exaltar el dominio de un grupo sobre los demás, los efectos pueden ser desastrosos. Explica Tamir que en el nacionalismo liberal “todas las naciones deben gozar de derechos iguales y, de hecho, derivar su estructura universal de la teoría de los derechos individuales que se encuentra en su centro” (Tamir, 1993: 9). Critica que se separe de sus derechos históricos que le confiere su calidad de provenir de la nación; que se ignoren las lealtades a la comunidad y, más aún, los aspectos comunales de la identidad individual. Combina la idea de autonomía personal, tan importante para el individualismo, con la noción de pertenencia a una comunidad, otorgándole relevancia así a la cultura. Los individuos son libres, afirma, pero siempre dentro de un contexto cultural determinado. De acuerdo con Clifford Geertz, piensa que no existe una naturaleza humana independiente de sus circunstancias. En otras palabras, critica la abstracción de los liberales cuando se refieren a la “naturaleza humana”; no obstante, si

bien es cierto que los liberales asumen que la satisfacción de los individuos sólo es posible en el interior de su sociedad, el nacionalismo de Donald Trump, que se resume en el eslogan de “hacer a Estados Unidos grandioso nuevamente” (“Make America Great Again”), expresa “las quejas y enojos de los ciudadanos que se creen con el derecho de dominar la cima de la sociedad estadounidense y que sienten que ocupan hoy un lugar por debajo de sus expectativas” (Frum, 2018: 26).

Raghuram Rajan considera que el nacionalismo es la preferencia por todo aquello que está dentro de las fronteras de la nación. Cuando funciona de forma positiva puede unir, poniendo el énfasis en las ligas comunes, que pueden inspirar a los ciudadanos a grandes actos de solidaridad, y que inculcan una empatía para establecer una red de seguridad para los más vulnerables de la nación. Argumenta que: “Mientras más homogénea sea la población de cualquier tamaño, más fuertes son las ligas naturales, y aún las históricas, que crean empatía mutua y buena fe en la nación” (Rajan: 2018: 215); sin embargo, añade que, en realidad, establecer quiénes son los verdaderos nativos de la nación es un problema de definición: “Los nacionalistas étnicos, por ejemplo, pueden enfocarse en la raza, la religión o en una herencia cultural común como la base del nacionalismo [...]” (Rajan: 2018: 215). Generalmente, esta definición puede ser conflictiva y tiende a dividir a la sociedad: la mayoría de los países son multiétnicos y, por lo tanto, tienden a ser excluyentes con los migrantes más recientes. Surge así un nacionalismo étnico de derecha.

Algunos líderes nacionalistas capturan el sentimiento y la percepción de que las comunidades se están desintegrando debido a la globalización y culpan de ello a cierto sector de la elite, al cual trasladan la responsabilidad por la pérdida de estatus de los habitantes nativos, en el caso de Estados Unidos la población blanca y protestante es la que enarbola esta bandera, por lo que “anclan a su gente en una nación virtual imaginaria de nativos étnica y culturalmente homogéneos” (Rajan: 2018: 216). Al mismo tiempo, aluden a un pasado idílico que realmente nunca existió; logran así que en las comunidades reales, que en efecto están desquebrajándose, surja la esperanza de pertenecer a esa nación imaginaria y, por lo tanto, se unen para luchar por el cambio.

Los partidarios del nacionalismo consideran a las elites globales como grupos sin raíces, que promueven un determinado multiculturalismo que significa la pérdida de respeto y de estatus para el habitante blanco en Estados Unidos que se asume nativo. El populismo, señala Rajan, finalmente no es

otra cosa sino un grito de ayuda para recuperar el respeto y la identidad que esos segmentos mayoritarios de la población han perdido, y por lo cual experimentan un significativo malestar en contra del *statu quo*, del *establishment*. Explica Rajan que aunque los líderes populistas en ocasiones sí son certeros en el diagnóstico, no son eficientes al proponer las soluciones (Rajan: 2018: 217). Si bien es cierto que existe sabiduría en las masas, ésta tiene que filtrarse. Los avances tecnológicos han provocado, desafortunadamente, una meritocracia basada en las capacidades. Sólo los más privilegiados pueden obtener estas nuevas habilidades en las mejores universidades. El acceso a ellas se torna más limitado en la medida en que las comunidades se debilitan y, por lo tanto, se ofrecen menos oportunidades. Esta situación se complica con los temas de raza y migración, que provocan una mayor polarización social (Rajan, 2018: 218).

La revolución tecnológica y la democracia

Giovanni Sartori nos presenta una radiografía de la democracia moderna. Explica que la democracia es el sistema político donde manda el pueblo con base en la regla de mayoría para tomar las decisiones (Sartori, 2015). En la medida en que no todos pueden actuar como gobernantes, las decisiones y la administración pública tienen que basarse en la representación. Argumenta que, según el racionalismo, es preciso construir un ideal de democracia al cual se debe aspirar; de lo contrario no puede edificarse un sistema democrático. Así pues, existen una democracia real y otra ideal, a la que pretendemos acercarnos permanentemente. En relación con la Revolución estadounidense expresa: “La Declaración de Independencia de 1776 reivindicaba, en sustancia, el derecho de los colonos a avanzar libremente por el trazado de las libertades, de las que ya gozaban los ingleses” (Sartori, 2015: 25).

El politólogo italiano analiza cómo las elecciones sirven para expresar la opinión pública. Apunta que si bien es cierto que las masas no siempre están bien informadas se apoyan en los representantes, en un ejercicio de democracia indirecta, y son ellos quienes deben contar con un mejor conocimiento sobre las distintas temáticas. Aunque, desde luego, subraya lo importante que para una democracia es la participación y, sobre todo, que exista discusión antes de la toma de decisiones.

Sartori percibe el gran peligro a que nos pueden conducir las nuevas tecnologías, que sólo aparentemente nos acercan a las masas, para obtener una respuesta inmediata de la opinión pública. Según su postura, esto sólo nos guía hacia un populismo contraproducente, que en lugar de acercarnos a la democracia nos aleja de ella. Nos alerta de que con las nuevas tecnologías se pueden hacer preguntas al “pueblo” y éste instantáneamente contesta cuál es su opinión, pero sin una necesaria reflexión sobre el tema y, sobre todo, sin una previa discusión con otros ciudadanos acerca de las posibles consecuencias de determinada acción. Es decir, apunta que no se trata de tomar decisiones instantáneas y en forma individual mediante la utilización de las nuevas tecnologías, porque ello pone en riesgo a la democracia misma. En su opinión, “el referéndum no es una verdadera forma de participación. Participar es ‘tomar parte’, junto con los demás y en interacción con los demás. En cambio, las decisiones por medio de referendos son solitarias” (Sartori: 2015: 40).

El exacadémico de la Universidad de Columbia resalta la importancia de que exista una negociación en cada decisión, de tal forma que se escuchen las voces de todos; que no simplemente se obtenga una cifra y con base en ella se proceda con determinada acción. Explica que “el *direccionalismo* (en cualquiera de sus manifestaciones) sanciona un sistema mayoritario absoluto que es inaceptable, e incluso funesto, para la democracia, porque esta última es, como hemos visto, el cumplimiento del derecho de la mayoría con respeto de los derechos de las minorías (Sartori: 2015: 41).

A partir de una visión más compleja, en otros de sus trabajos sostiene que no sólo se debe procurar una democracia política, sino también una social y económica; es decir, pugna por la igualdad social y por el bienestar económico del conjunto de la población. Opina que para el pensamiento liberal lo más importante es establecer el orden social, mientras que para el verdadero demócrata es crear un orden social justo. De acuerdo con este autor: “La génesis ideal de las democracias liberales está en el principio de que la diferenciación, y no la uniformidad, constituye la levadura y el más vital elemento para la convivencia” (Sartori, 2003: 215). Antes de la llegada de la democracia moderna se consideraba que la oposición era negativa, porque dividía a la sociedad, pero paulatinamente esta visión fue cambiando y se toleraron las diferencias. En las sociedades plurales es imperativo que se fomente la tolerancia.

Consideraba nuestro autor que, en los tiempos actuales, los países se están moviendo hacia la democracia, y argumentaba que un gobierno es le-

gítimo sólo en tanto que es democrático, es decir, “elegido por los gobernados y basado en su consentimiento” (Sartori, 2003: 372). Después de lo que él visualiza como el fracaso de la Unión Soviética asegura: “[...] a la democracia liberal [...] no le es necesario solamente el demócrata que espera el bienestar, la igualdad y la cohesión social, sino que, además, le es necesario el liberal atento a los problemas de la servidumbre política, del Estado y de la iniciativa individual. La democracia sin liberalismo nace muerta” (Sartori, 2003: 297). Lo interesante de este autor es que si bien no se contenta con una mera democracia formal y demanda aspirar a la igualdad social, aun así enfatiza que es fundamental la defensa de los derechos del individuo. Aclara que la igualdad que él considera esencial es la de oportunidades (Sartori: 2015: 72).

El Brexit y la elección del presidente Donald Trump vinieron a poner en entredicho las muchas esperanzas que los defensores de la democracia tenían en las nuevas tecnologías. Si bien la actividad de las redes sociales en Egipto, en el movimiento popular de la llamada “Primavera árabe”, por ejemplo, generó expectativas positivas, recientemente se ha consolidado un fuerte desencanto al observarse manipulaciones en sentidos no deseados en esas mismas redes sociales. De hecho, en Egipto la evaluación final del papel que desempeñaron no fue muy alentadora.

La participación de la empresa Cambridge Analytics en estos dos procesos (las elecciones presidenciales en Estados Unidos y el referéndum para la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea) mostró que se puede lograr una manipulación masiva del voto en cualquier sentido que se desee. El fenómeno conocido como *Big Data*, que se va generando con base en información que proporcionan los usuarios de Facebook, WhatsApp o Twitter, entre otras redes sociales, puede utilizarse como se quiera. Cambridge Analytics obtuvo datos provenientes de ochenta y siete millones de usuarios de Facebook para desarrollar sus perfiles psicológicos y mandarles directamente mensajes y contenidos especialmente diseñados para manipularlos (Weisberg, 2018).

Recientemente incluso Mark Zuckerberg ha tenido que modificar su visión sobre Facebook: de un espacio de libre expresión, protesta y cambio político positivo, a entender la posibilidad de que se convierta en un agente socialmente destructivo cuando es utilizado por actores malintencionados. Facebook fue concebido para causar adicción con el uso de su botón de *Like* (Me gusta), algo que ha sido reconocido por sus creadores. Al producir tanta

información sobre los usuarios, éstos pueden ser objeto de manipulación al enviarles anuncios o mensajes políticos directamente a ellos, en lo individual, con lo que pretenden que actúen conforme a los intereses de los mencionados agentes manipuladores. En la elección presidencial estadounidense de 2016, Julian Assange, fundador del portal WikiLeaks, dedicado a la filtración de secretos e información clasificada de los gobiernos y los diversos grupos de intereses particulares, anunció sorpresas que se cumplieron, de que revelaría información delicada respecto de la candidata Hillary Clinton. WikiLeaks soltó esta campaña, de acuerdo con muchos analistas políticos, con la finalidad de distraer a la opinión pública acerca de los varios escándalos de Donald Trump durante su campaña electoral (Frum, 2018: 19).

Cambridge Analytics envió directamente información a votantes para ayudar en la victoria de Trump, ya sea promoviendo el voto en su favor o desincentivando el sufragio para Clinton. También esta compañía ha promovido la desinformación, mediante la publicación de *fake news*. Con estas acciones ha debilitado a la prensa independiente y favorecido la polarización social. Se logró, por ejemplo, que muchos de los llamados *millennials* no votaran por Hilary Clinton. Bremmer cita un estudio de Yascha Mounk y Roberto Stefan en el cual encontraron que una cuarta parte de ellos opinó que no era tan importante elegir líderes a través de las elecciones libres (Bremmer, 2018b). Debido a esas burbujas aisladas de información dudosa muchos integrantes de la mencionada generación no entendieron la importancia de votar en las elecciones de noviembre de 2016. Bremmer sostiene que el 63 por ciento de los *millennials* desapruueba el trabajo del presidente, aunque lo comprendieron demasiado tarde.

Edward Luce explica que actualmente “vivimos en un mundo en que cualquiera que desee emitir agravios cuenta con más poder digital en la palma de su mano del que tenía la computadora que puso al Apolo 14 en órbita” (Luce, 2017: 53). Las tribus comparten su enojo y se lo retroalimentan, marcando una clara división entre el “ellos” y el “nosotros”.

Una vez que se han descubierto los múltiples problemas que la supercarretera de la información nos ha traído, ahora es necesario que pensemos también en las posibles ventajas que puede significar. El Foro Global ha propuesto: “Una potencial solución puede ser la de hacer un mejor uso de la tecnología en el proceso de gobierno; no solamente proveer servicios más rápido, en forma más transparente, incluyente y orientada al consumidor, sino

también establecer una ‘plaza digital pública’ con una mejor comunicación entre los líderes y el pueblo” (Luce, 2017: 70).

Siva Vaidhyathan, al analizar las perniciosas consecuencias de Facebook, declara: “Si quisieras construir una máquina que distribuyera propaganda a millones de personas, que las distrajera de los asuntos importantes, que energizara su odio y fanatismo, que erosionara la confianza social, minara al periodismo, creara dudas sobre la ciencia y se dedicara a supervisar [a los individuos] en forma masiva, todo esto al mismo tiempo, harías algo muy similar a Facebook (Vaidhyathan, 2018: 19). Sin darnos cuenta, esa red social enreda nuestros mundos sociales, comerciales y políticos, causando ansiedad y quiebra de las relaciones personales, además de que su efecto en la democracia es muy perverso.

Este autor cita a Andrew Postman (2017), quien expresó que no es el mundo totalitario de Orwell al que tendríamos que temer, sino a un mundo ocupado por los placeres vacíos, donde nadie está interesado en conocer o pensar sobre los problemas de la gente (Vaidhyathan, 2018: 24). Philip Howard bautizó a este nuevo ecosistema político como “hipermedia”, al explicar que se podía enviar mensajes directos a los potenciales votantes, transformando así la manera en que los ciudadanos se relacionan con la política y el gobierno (Howard, 2006: 164).

En la llamada “hipermedia” de Philip Howard, es decir, en un ambiente comunicacional caracterizado por el exceso de información en los medios, nunca ocurre una reflexión profunda y seria sobre el bien común:

A través de la hipermedia, los gobiernos son capaces de manipular a los ciudadanos [...]. No existe lo público, o la *polis*, sólo tribus que pueden combinarse o dividirse de acuerdo con las necesidades del momento. Cualquier esperanza de desarrollar una política con profundidad o sinceridad, o de promover el sacrificio colectivo por el bien común, se evapora cuando la cultura de la comunicación política premia la respuesta inmediata y la gratificación individual (Howard, 2006: 164).

Paradójicamente, en lugar de promover la deliberación entre todos los ciudadanos, “se crean campos retóricos distintos y burbujas separadas de percepción de la realidad, volviendo el proceso de mediación de las diferencias, tanto en las elecciones como en los enfrentamientos violentos, casi imposible” (Vaidhyathan, 2018: 165). Curiosamente, los individuos se sienten empoderados cuando en realidad pueden ser muy fácilmente manipulados por los demagogos.

Este autor previene: “Estamos en medio de un asalto de internet contra la democracia a nivel mundial” (Vaidhyanathan, 2018: 180). Al referirse al caso concreto de la intervención de Rusia en las elecciones estadounidenses nos explica que lo más preocupante es que no exista transparencia ni rendición de cuentas para los anuncios políticos en ese medio: “Mucho del material pro Trump y antiinmigrante que se mostró en Facebook, en Estados Unidos, provino de una compañía con base en San Petersburgo llamada ‘Agencia de Investigación en Internet’, que emplea a cientos de personas para generar y expandir desinformación que pudiera servir a los intereses del gobierno ruso” (Vaidhyanathan, 2018: 187).

El peligro principal es que una significativa proporción de la desinformación que se genera tiene como finalidad debilitar la confianza en las instituciones que hacen funcionar al sistema democrático, o más aún, evitar la deliberación democrática (Vaidhyanathan, 2018: 180). Esta circunstancia facilita la llegada de gobiernos autoritarios por todo el mundo. No es tanto que Facebook genere sentimientos *antiestablishment*, antiinmigrantes, racistas, antisemitas, antimexicanos, antimusulmanes, etc., pero sí ayuda a amplificarlos: “Si quisieras un diseño de medios de comunicación adecuado para apoyar a los líderes autoritarios y a los movimientos antidemocráticos no podrías hacer nada mucho mejor que Facebook” (Vaidhyanathan, 2018: 186).

La innovación no es positiva ni negativa por sí misma; más bien eso depende de quien la utiliza. Por ello nos invita este autor a una seria reflexión acerca de esta innovación específica (las redes sociales) y sus consecuencias: “Estos nuevos sistemas tecnológicos están diseñados de tal forma, y amplificados por las fuerzas del mercado, que favorecen lo inmediato y lo gratificante, y socavan los esfuerzos de deliberar en forma profunda acerca de los asuntos importantes” (Vaidhyanathan, 2018: 202).

Con Google y con Facebook se ha producido una concentración del dinero y del poder que nunca habíamos experimentado. Esta situación evita que se pongan límites o controles a estos grandes generadores de capital, que al mismo tiempo están debilitando las fuentes de información más respetadas (Vaidhyanathan, 2018: 211).

“En tanto que los movimientos antirracionales, autoritarios y nacionalistas ganan fuerza, promovidos por Facebook, la expectativa de los movimientos necesarios y de deliberación se vuelve más remota. Si vamos a adoptar una posición global para resistir el oligopolio iliberal y reformar nuestro eco-

sistema de información, lo debemos hacer pronto” (Vaidhyathan, 2018: 220). Y sólo lo podremos hacer reforzando nuestros foros públicos, las universidades, las bibliotecas y los congresos académicos, además de que debemos utilizar, precisamente, la innovación de la internet para mejorar la eficacia de nuestra conversación acerca de nuestro destino colectivo.

Salvar la democracia

Recientemente se ha producido un creciente desencanto con la democracia por varias razones, pero no por eso debemos olvidar los grandes avances que hemos conseguido como humanidad gracias a ella. Jonah Goldberg alerta acerca de las críticas devastadoras en contra de la globalización y del sistema democrático; comenta que debemos apreciar el gran progreso de las sociedades: “El trabajador pobre promedio en los Estados Unidos de 2018 vive mejor, según cualquier medida material imaginable, que el humano más rico de hace mil años, y también desde cualquier punto de vista, cualquier individuo pobre de hoy vive mejor que una persona rica incluso de hace cien años” (Goldberg, 2018: 354). Argumenta que si bien la globalización ha acarreado grandes costos para muchas personas, también ha sido el motor de erradicación de la pobreza. Para demostrarlo cita a la Organización de las Naciones Unidas, la cual afirma que ha habido más reducción de la pobreza en los últimos cincuenta años que en los quinientos anteriores (Goldberg, 2018: 359). Las personas tienen hoy mejores salarios, más educación y mejor salud; viven más años y se han reducido enormemente la mortalidad infantil y las epidemias.

Nos explica este mismo autor que los hombres tienden naturalmente a favorecer a la familia, a los amigos y a la tribu, pero que es el Estado-nación liberal la institución que nos enseña a confiar en otros ciudadanos con derechos naturales iguales a nosotros. El sentido de pertenencia nos lo otorga la participación en diferentes agrupaciones de la sociedad civil, pero han sido muy corrosivas las políticas de la identidad, tanto las de la derecha, que colocan a la población blanca en la cima de la sociedad, como las de la izquierda, que privilegian a las minorías a la hora de repartir los beneficios. En su opinión, estamos siendo ingratos con nuestra herencia colectiva de Occidente y lo podríamos lamentar.

En una vena similar, Steven Pinker expresa que es importante que emprendamos una defensa de los ideales de la Ilustración: ciencia, razón, humanismo y progreso, pero con un lenguaje y con conceptos del siglo XXI. Considera que se trata de valores fundamentales cuyo éxito y el progreso que han conseguido no se han reconocido suficientemente. No debemos olvidar la importancia del método científico, promovido por la Ilustración, así como prácticas como la deliberación y el debate, o la realización de pruebas empíricas que nos dirigen hacia un conocimiento confiable (Pinker, 2018: 10). Según este autor, la Ilustración demuestra la importancia de las instituciones para lograr el progreso. El gobierno es, de acuerdo con las ideas ilustradas, un contrato social fundado en el consentimiento, diseñado para evitar actos egoístas y lograr el bienestar de los ciudadanos al coordinar sus comportamientos.

La Ilustración promovía el florecimiento del humanismo, que a su vez impulsa el bienestar de los humanos en general, en tanto que somos seres racionales, pero también somos capaces de experimentar simpatía por otros, por lo que deseamos el bien de la humanidad (Pinker, 2018: 410). Finalmente, la moral y la política consisten precisamente en la posibilidad de equilibrar los intereses conflictivos de la gente, aunque desafortunadamente en los tiempos recientes hemos podido atestiguar una fuerte embestida en contra de estos valores provenientes de una moral secular. Tanto los seguidores del islamismo como los del cristianismo pugnan por sendas morales teístas que, en realidad, contribuyen a la división de las civilizaciones. También el humanismo está siendo agredido por “las resurgentes ideologías detrás del autoritarismo, del nacionalismo del populismo y del pensamiento reaccionario, e incluso del fascismo” (Pinker, 2018: 443).

Pinker estima que los grandes avances tecnológicos y la paz que ha experimentado Occidente pudieron acontecer cuando se le restó importancia al nacionalismo y se exaltaron los derechos humanos, el derecho internacional y las organizaciones transnacionales. Asegura que nunca tendremos un mundo perfecto, y más aún, que podría ser peligroso tratar de construir uno, “pero no hay límite a las mejoras que podemos lograr si continuamos aplicando el conocimiento para engrandecer el florecimiento de la humanidad” (Pinker, 2018: 453).

Por su parte, Ronald Inglehart sostiene que se ha vuelto hegemónica una economía en la que el ganador se lo lleva todo, que concentra la riqueza y el poder político en pocas manos, lo cual ocasiona sentimientos de gran

inseguridad en la mayoría de la población. Por eso, las sociedades han optado por regresar a los autoritarismos xenofóbicos, pero no es porque exista escasez, sino más bien porque son muchas menos las personas que acumulan cada vez más casi todos los recursos, produciéndose una inédita y muy amplia desigualdad en el acceso a los bienes y los servicios (Inglehart, 2018: 214-215). Menciona, asimismo, que resulta más fácil culpar a los extranjeros que a la desigualdad social por el vertiginoso incremento de la inseguridad.

Por eso no podemos ni debemos olvidar, como lo hemos explicado a lo largo de nuestro análisis, que una de las funciones primordiales de los sistemas democráticos es evitar la violencia. Ian Bremmer asegura que las democracias manejan mejor la frustración: “Las democracias tienen una importante ventaja sobre los Estados autoritarios, al permitir un espacio para las protestas y otras manifestaciones de enojo público” (Bremmer, 2018a: 52). Por su parte, Timothy Snyder advierte, al voltear la mirada para analizar los autoritarismos del siglo XXI, de los posibles riesgos que Estados Unidos también podría experimentar (Snyder, 2017); argumenta que: “El error consiste en presuponer que los gobernantes que han accedido al poder a través de las instituciones no las van a modificar”. En su opinión, los diversos gobiernos estadounidenses, en especial el último, han pretendido rediseñar casi todas las instituciones a modo con sus intereses particulares. Nunca olvidemos lo que algún día dijo Lord Acton para el caso de Inglaterra: “El poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente”; por ello, es un imperativo ético y político defender los pesos y contrapesos de las democracias, no sólo por nuestro bien sino por el de las generaciones futuras.

Generalmente, le pedimos demasiadas cosas a las democracias y, por lo tanto, con frecuencia nos decepcionan: “Tanto en su operación como en sus consecuencias falla en llegar a la promesa que la gente asocia con ella” (Shapiro y Hacker-Cordon, 1999). Como lo mencionamos al inicio de este libro, el sistema democrático siempre vive en una profunda relación entre el ideal y la realidad. Estamos tan acostumbrados a él, que cuando no llena todas nuestras expectativas muchos olvidamos su importancia, aunque tal vez cuando lo percibimos amenazado, cuando pensamos genuinamente que sí podríamos perderlo, sólo entonces comprendemos a profundidad la grandeza de la democracia, que, si bien no es un sistema político perfecto, a lo largo de los siglos ha demostrado que es el mejor de los conocidos. En este sentido, según Snyder, algunos puntos que los ciudadanos estadounidenses necesitan

tomar en cuenta para medir el estado de su democracia, y así poder salvarla, son los siguientes:

1. Los pesos y contrapesos deben funcionar en Estados Unidos.
2. Lo que parece un gesto de orgullo de los ciudadanos blancos, anglosajones y protestantes estadounidenses puede convertirse en una fuente de exclusión, concretamente de los inmigrantes mexicanos.
3. Es frecuente que los ciudadanos se retiren a su vida privada cotidiana y no quieran problemas con las autoridades. Es decir, que no participen políticamente y no defiendan sus derechos y, de repente, ya puede ser demasiado tarde.
4. Si los líderes dan el mal ejemplo, se reduce el estándar de lo ético, de lo correcto.
5. La visión de que existe una verdad alternativa pone en peligro la libertad, ya que la crítica al poder se desvanece. Se produce y reproduce la repetición de datos falsos, que se llegan a asumir como verdaderos. La posverdad es igual al prefascismo (Snyder, 2017).
6. Aceptar la política de la inevitabilidad significa que la historia sólo podría avanzar en una dirección: hacia la democracia liberal, y con esto dejamos, sostiene Snyder, la puerta abierta al tipo de regímenes que pensábamos que no podían volver jamás.
7. Es muy importante evitar la seducción de un pasado mitificado que impide pensar en los futuros posibles.

Como hemos comentado a lo largo del trabajo, la consolidación y auge de la democracia ha sido un largo proceso que, aunque está muy lejos de ser perfecto, sin duda ha logrado grandes avances para la humanidad. Toca a cada uno de los individuos del mundo defender sus sistemas democráticos, siempre que sean sistemas que reconozcan y defiendan tanto los derechos de las mayorías como los de las minorías, porque, finalmente, las sociedades están conformadas por unas y por otras. Categóricamente, estas democracias deben formar parte de un contrato social en donde no se permitan los excesos del poder ni de las desigualdades, ya que ambas situaciones pueden convertirse en las mayores amenazas para su supervivencia.

Es cierto que el análisis de las circunstancias mundiales por parte de los populistas es bastante acertado, pues las consecuencias negativas de la glo-

balización se han dejado sentir en varios países, aunque desafortunadamente estos grupos ignoran sus efectos positivos, que también los hay, y sobre los cuales ya también hemos reflexionado.

Recientemente han surgido dos interesantes propuestas para perfeccionar la democracia en el contexto de la globalización: una de Eric Posner y Glen Weyl, quienes proponen darle más fuerza al mercado, pero con una cara más igualitaria, y la otra de Raghuram Rajan, quien convoca a fortalecer sus tres pilares: el gobierno, el mercado y la sociedad, y señala que es fundamental un equilibrio entre ellos. En particular, este último autor propone otorgarle mayor fuerza a la sociedad para contrarrestar el desmedido poder que los otros dos pilares han tradicionalmente ejercido.

Posner y Weyl argumentan que las problemáticas sobre la desigualdad fueron ignoradas sistemáticamente por el consenso liberal. La crisis del 2008 demostró, según ellos, que mucho del progreso económico que se creía que existía en el país era una ilusión, y que sólo había beneficiado a los más ricos (Posner y Weyl, 2018). Alimentada por las muchas controversias sobre cultura y migración, la furia contra las elites tomó un carácter nativista y xenofóbico. Si bien la democracia liberal ha sido culpada de permitir y de ser incapaz de combatir la corrupción, el autoritarismo no es tampoco nada promisorio en este ámbito. Por ello, estos autores proponen regresar a un espíritu que combine las aspiraciones de los llamados “libertarios” con las metas igualitarias de la izquierda. Explican que mientras que lo que habían propuesto los neoliberales era que habría dinamismo económico con desigualdad, lo que realmente ocurrió fue estancamiento con desigualdad.

La historia ha demostrado que los movimientos nacionalistas y fascistas arriban al poder cuando la sociedad está irritada y se promete repartir la riqueza entre las masas, aunque atacando al “otro” (Posner y Weyl, 2018: 12). Estos autores encuentran la solución no en la instauración del socialismo, que ya mostró su gran fracaso, sino en un capitalismo donde el mercado funcione con base en una serie de reglas bien establecidas: libertad, competencia y apertura: “Los mercados abiertos encarnan la idea de que, cooperando tan ampliamente como sea posible, todos nos podemos beneficiar” (Posner y Weyl, 2018: 21). Se trata de expandir los mercados: 1) pero con impuestos para desincentivar el abuso del poder del propio mercado; 2) de crear un mercado eficiente de bienes públicos; 3) de idear políticas públicas para establecer un mercado más eficiente con el trabajo de los inmigrantes; 4) de

limitar la concentración del poder de los actores financieros, y 5) de demostrar cómo las fuerzas del mercado se pueden extender hasta abarcar la economía digital: “Pueden avanzar la igualdad y el crecimiento económico, mientras se promueve el orden público y el espíritu de compromiso” (Posner y Weyl, 2018: 29). Concluyen que esta nueva forma de fomentar mercados radicales es el mejor método para las organizaciones sociales de gran escala.

Raghuram Rajan, por su parte, en sus análisis acerca de la sociedad estadounidense sostiene, como ya señalábamos, que son tres sus pilares: el mercado, el Estado y la comunidad. En su opinión, lo que ha sucedido es que el mercado ha adquirido demasiado poder, el Estado se ha debilitado y la comunidad se está desmoronando. Por ello, advierte que “la sociedad debe recuperar el equilibrio. Ambos, el Estado y el pilar de la comunidad, tienen que brindar a la gente el apoyo que necesita para participar en los mercados globales” (Rajan, 2019: 243). Es innegable la existencia de una gran división social, los partidos políticos tradicionales son rechazados, y no existe ninguna confianza en el gobierno, todo lo cual incita a las personas a adoptar posiciones más radicales:

Éstos son tiempos peligrosos. Si la gente ha perdido la fe en sus propias habilidades de competir en el mercado; si sus comunidades continúan debilitándose; si sienten que las elites se han apropiado de todas las oportunidades para ellas mismas, tanto monopolizando los mercados como acaparando el acceso a construir capacidades, el resentimiento popular puede volverse furia desmedida. La democracia requiere de acceso igualitario [a las oportunidades], y cuando esta condición no se da, el sistema político reacciona, y hay una gran probabilidad de que los populistas radicales sean los siguientes elegidos (Rajan, 2019: 244).

Añade que algunos movimientos populistas incluyentes en efecto pueden ayudar a restaurar el equilibrio, pero lo más probable es que busquen excluir más que incluir, y entonces el equilibrio de fuerzas es imposible. Los populismos nacionalistas no ofrecen casi nunca buenas soluciones sino que, por el contrario, tienen el poder suficiente para causar daños. Pocas son las instituciones que pueden conservar el apoyo popular por tiempos largos sin la participación de otras fuentes de poder. Un elemento fundamental de este tipo de populismos es que actúan para erosionar cualesquiera otras fuerzas de poder. Algo que, por supuesto, es muy delicado (Rajan, 2019: 244).

Dado que Estados Unidos se rige por un nacionalismo cívico incluyente, en el sentido de que cualquier persona, sin importar de dónde provenga, puede convertirse en ciudadano, siempre y cuando satisfaga los requisitos de residencia y jure respetar los valores de la nación, podemos afirmar que se trata, sin duda, de una sociedad muy abierta. Sólo en el nivel de la comunidad se puede expresar lo étnico o cultural (Rajan, 2019: 302), por lo tanto, resulta difícil pensar que se pueda revertir la diversidad existente, sin al mismo tiempo poner en riesgo la democracia liberal.

Por todo lo anterior, Rajan ofrece una solución a la que llama “localismo incluyente”, porque considera que es importante regresar a la comunidad, donde se puede expresar más el autogobierno, existe mayor cohesión social y las diferentes etnias encuentran reflejadas sus identidades y no tienen que buscarlas en el gran Estado-nación. Sólo al construir comunidades vigorosas, con ayuda de las nuevas tecnologías, los trabajadores definirán sus propósitos y encontrarán su identidad, sobre todo hoy en día, que se sienten amenazados por decisiones tomadas por gobiernos distantes:

Parece paradójico que mientras la tecnología nos está conectando con todo el mundo, la solución propuesta a muchos de nuestros problemas sea abrazar lo que está aún más cerca, la comunidad, mucho más que lo que está lejos. Lo que está cerca nos ancla: [se convierte en] una necesidad en tanto que nuestras experiencias se han vuelto más virtuales. Revivir lo que está cerca es, por lo tanto, esencial para asegurar nuestra continua humanidad (Rajan, 2019: 348).

Ante el significativo rechazo que ha despertado recientemente el multiculturalismo, Rajan propone: “Entendimiento y tolerancia de otras culturas no son una debilidad ni son un signo de un patriotismo inadecuado ni son una indicación de que no tenemos raíces, de que somos ‘ciudadanos de ningún lado’. En realidad, reflejan nuestra preparación para el mundo del mañana, en el cual la tendencia es a mezclarnos más” (Rajan, 2019: 395). Ya que, finalmente, la población de los países avanzados está envejeciendo y, quiérase o no, requiere cada vez en mayor medida de la mano de obra joven de los países en desarrollo. Por ello es tan relevante contar con políticas migratorias claras para poder mantener controlada a la migración. En este sentido, es importante evitar caer en un peligroso nacionalismo de suma cero, donde lo único que se busque sea cerrar las fronteras, pues esta actitud no sólo promueve el enfrentamiento entre los países y revive algunos de los conflictos

globales que todos pensamos que habían desaparecido. Finalmente, continúa Rajan, toca a todos cuidar la unión del Leviatán y las grandes corporaciones para que la democracia no sólo proteja la propiedad de unos pocos, sino la libertad y el bienestar de las mayorías (Rajan, 2019: 396).